

# Sueños de Pape

Nº: 02

Revista Literaria de La Carlota

Primavera 2017



# Sueños de Papel

Nº02

Primavera 2017

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Celia Arias Fernández  
Eva M<sup>a</sup> Pineda Wals  
José Quesada Garrido

## ASESORES

Manuel Sánchez-Sevilla  
Antonia Sánchez Alcántara

## MAQUETACIÓN

Consejo de Redacción

## EDICIÓN

Ayuntamiento de La Carlota

## IMPRESIÓN

Diputación de Córdoba

El Consejo de Redacción no se hace responsable ni comparte necesariamente las opiniones expresadas por sus colaboradores.

Estamos deseando recibir vuestras creaciones literarias.

Nos las podéis mandar al correo:

**spapelcarlota@gmail.com**

o a través de nuestra web:

**<http://spapelcarlota.wixsite.com/spapelcarlota>**

La escritura es a la lectura como la piel al tacto. Gracias por mostrarnos sin condiciones.



por Freepik desde [www.flaticon.com](http://www.flaticon.com)

Foto de portada: José Quesada



Sueños de Papel protege a sus autores a través de una licencia Creative Commons por la que se permite la reproducción, distribución, comunicación y transformación de esta obra siempre que se cite al autor, no se haga con fines comerciales y se mantenga esta licencia en las posibles obras derivadas que se creen.

## Sumario

EDITORIAL	Manuel Sánchez-Sevilla	3
CARTA A MARÍA	Pedro Tébar	4
VIVENCIA	Clotilde Sánchez	5
POEMAS	José Quesada Garrido	6
DECADENCIA	Francisco Fernández Rizos	7
LA OTRA PARTE DEL CORAZÓN	Julián Cañizares Mata	8
VOCES SILENCIADAS	Victoria Morales Gálvez	8
LEBRILLO	Conchi Rosales Rosa	9
CAMINANDO POR LA VIDA	Rafael López Ayala	10
EL MILAGRO DE SAN VALENTÍN	Javier Villena Carrillo	12
POEMAS	M <sup>a</sup> Dolores Gracia Jiménez	14
HUELLA	Celia Arias Fernández	15
DIVAGACIONES CON ANGUIE	Roque Cruz Navarro	16
POEMAS	Francisco Fernández Rizos	21
PERDIDAMENTE BELLA	José Quesada Garrido	22
LAS RUSAS	Enrique Garrido Jiménez	27
DUENDES - MORRIS	Conchi Rosales Rosa	29
POEMAS	M <sup>a</sup> Cecilia Gracia Fernández	30
MUY TRISTE Y TRÁGICA HISTORIA DE		
"LOS AMANTES DE PALMANOVA"	Enrique Garrido Jiménez	31
EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA	José Mariscal Campos	35
RECUERDOS	Conchi Rosales Rosa	36
EL VIAJE	Roque Cruz Navarro	37
CANCIÓN	Victoria E. Sánchez Urbano	38
LA CATA	M <sup>a</sup> Dolores Gracia Fernández	39
LA CENTELLA	Lourdes Molina Luna	40
MARGARITA	José Mariscal Campos	41
POEMAS	Isabel Escribano Beltrán	43
POEMAS	Lourdes Molina Luna	43
UNA VOZ	Conchi Rosales Rosa	44
SIETE NOCHES EN VIGO	José Ángel López Díaz	45
RECOMENDACIONES		47



La escritura es una forma de terapia, a veces me pregunto cómo hacen todos los que no escriben, componen o pintan para escapar de la locura, melancolía, el pánico y el miedo que es inherente a las situaciones humanas.

(Graham Greene)

[akifrases.com](http://akifrases.com)



## Editorial

**Q**onme un lienzo en blanco delante de mi mano y no necesitaré ojos para mirar, ni lengua para hablar, sólo el latir del corazón y un pulso firme para contar... Hay ocasiones en que es más fácil escribir lo que se siente que decirlo, hay veces que leer una carta nos cuenta más de la persona que si él mismo nos lo dijera... Hay momentos en los que juntando letras se narra una vida más nítidamente que si la viéramos en una secuencia cinematográfica... Hay lugares que se describen mejor al engarzar las letras de un autor en nuestra mente, que si fuéramos «in situ» al lugar para verlo con nuestros propios ojos... Hay circunstancias que llegan al corazón si son leídas... Hay vivencias que son más profundas si las leemos... Abran SUEÑOS DE PAPEL, lean... y vivan...

Manuel Sánchez-Sevilla





## CARTA A MARÍA

**E**l dios Cronos, qué pesado este dios, qué intransigente, recorre de nuevo tu vida, María Atareada, con esa asquerosa e irremediable puntualidad reservada a los dioses que usaron desde siempre un reloj de bolsillo con cadena de plata.

Apenas buenos días, tómate el cola cao, no vayas tan deprisa, llévate el bocadillo, me duele la cabeza, el postre, Miguelito, me duele la cabeza. Apenas buenas noches y colgarás el día, como una mariposa, en el pequeño calendario de tu cuarto de estar.

Las mismas frases, siete, como los siete días de la semana, han sido suficiente para que marche todo, para que todo ruede como la volandera de esa feria tan triste que es tu quehacer diario. De esa feria tan triste: será porque es agosto. Has hecho tres comidas, has dado cuatro voces, te has lavado las manos y has puesto un poquito de sal al salmorejo aunque sabes que no es buena la sal para tu hipertensión y tus varices. Has dado cuatro voces.

Como una equilibrista, con los ojos tapados, has recorrido el camino de siempre, otra vez el mismo camino. Con los ojos tapados.

Sé que estás ahí y que me escuchas, dice un locutor adivino desde una emisora nocturna, muy nocturna, de radio. Y en sus palabras cálidas pone toda la música y toda la cadencia que embelesa y seduce a las serpientes. Yo también sé que estás ahí venciendo el sueño porque no quieres que se te acabe el día. Y esperas todavía a tu hada madrina que debe ser ya muy anciana porque no viene nunca, quizá porque olvidó, desmemoriada, el día, el lugar y la hora de tu baile.

Sé que estás ahí y que me escuchas, insiste el locutor buscándote y buscando tu voz desde el enrejado dorado de un micrófono. Él quiere que le hables.

Vete a la cama, tonta, y duérmete feliz porque mañana te tocará la primitiva, porque te volverás a enamorar cuando venga el otoño, (ahora no, que este calor lo enreda todo), porque con él, si tu así lo prefieres, o con ella, podrás llegar al fin del mundo, porque en uno de esos programas estrellas de la tele, con tan sólo llamar, te van a regalar miles de euros y ese apartamento, cómodo y silencioso, muy silencioso, en los Alpes suizos, que tanto deseas. Vete a la cama y duérmete feliz porque esta noche, cuando mejor saborees el primer sueño, entraré de puntillas en tu cuarto y pararé ese despertador de pesadilla con pilas alcalinas de larga duración.

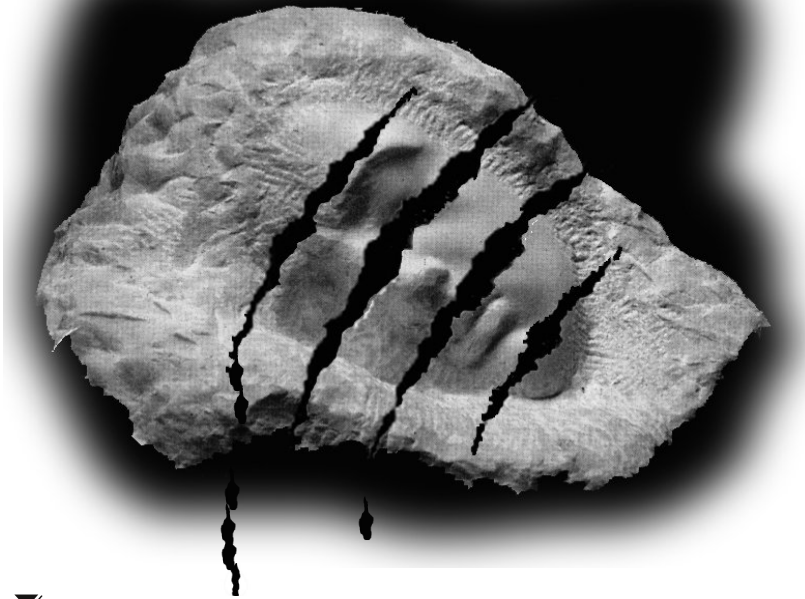
A tus pies, de regalo, te dejaré mis alas. No las uses de día para no dar que hablar a las vecinas, para evitar también que los niños malvados de tu calle te derriben mojándote las plumas con pistolas de goma. Póntelas por la noche, cuando se hayan dormido todos tus ratones. Y olvídate de tu hada madrina. Olvídate también de Cenicienta.

Felices sueños.

Tu ángel de la guarda.

Pedro Tébar





## VIVENCIA

**A**hora sé lo que significa la palabra miedo en toda su extensión. Siento una garra devastadora que oprime mi garganta impidiéndome articular palabra, mis pulmones parecen haber perdido toda capacidad para aspirar aire fresco y mi estómago ha adquirido el tamaño de una nuez.

Soy consciente de que el pánico se está apoderando de mí, intento calmarme, recordar esa técnica de la que he oído hablar tanto últimamente. ¿Cómo es su nombre?...¡Ah sí!: *Mindfulness*. Me han explicado que se basa en «la concentración de la atención y la conciencia del momento presente». Me pongo manos a la obra, cualquier cosa para que desaparezca esta sensación de ahogo y desolación que me invade.

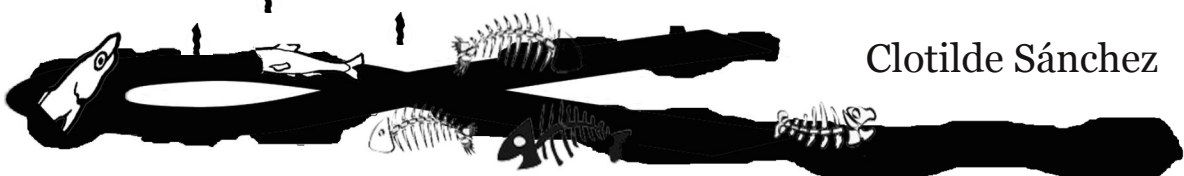
Miro a mi alrededor, me veo tan pequeña y asustada en este pasillo largo y angosto. Hay decenas de personas que lo recorren incesantemente de arriba-abajo y de abajo-arriba, señores de bata blanca nívea, jóvenes de uniforme verde esperanza y señoras con vistosos pañuelos en la cabeza y cara mortecina. Me concentro en los olores, huele a desinfectante, medicamentos y sopa insípida.

Una enfermera me hace una señal y me invita a pasar a un despacho frío y austero, de cuyas paredes cuelgan cuadros con pinturas que se me asemejan a un puñado de células. ¿Células vivas, muertas, enfermas? Estoy absorta en mis pensamientos y no he oído entrar a un señor de elevada estatura, calvicie inminente y ojillos de ratón de laboratorio que, después de las pertinentes presentaciones, comienza a explicarse en un lenguaje técnico que no entiendo.

Lo oigo pero no lo escucho, solo miro sus labios cómo se abren y cierran sin una leve sonrisa. Intento concentrarme de nuevo... «*mindfulness, mindfulness, mindfulness...*».

Ahora sí lo oigo, escucho esa palabra maldita que martillea mis sienes y entra en mi cabeza como un eco infinito... cáncer, cáncer, cáncer. Mi pesadilla ha abandonado el mundo de lo onírico y se ha hecho una espantosa realidad. Sonrío, el doctor se extraña de mi actitud.

Pero yo hace largo tiempo que lo sé, sabía que aquellas lágrimas que hace años no derramé, algún día acabarían por emponzoñar mi sangre.



Clotilde Sánchez



No importa llegar,  
no importa el agua que se evapora  
sino la sed que persiste.

No importa el tiempo  
sino el sueño que penetra  
a hurtadillas, sin permiso.

No importa tener ni ser  
sino desear con pasión, con alevosía.

No importa que llegue el verano  
sino que la primavera pase en balde  
solo a mi espalda.

No importa este poema, ningún poema  
sino lo que me queda por escribir  
mientras sigo respirando.

No importa dios  
sino el ansia febril de eternidad.

No importan mis efectos  
sino las causas que me trajeron.

No importa el final  
sino la senda que empieza y termina  
en mis pies, no importa la muerte.

Cuando los fantasmas  
que me habitan,  
tangibles, corpóreos  
se sustancien de olvido.

Cuando los miedos  
a lo que soy y no soy  
tomen el camino  
que nunca retorna.

Cuando, en la noche,  
la tormenta oculte  
su aullido que golpea  
inflexible mis tejas.

Cuando amanezca  
mi tierra empapada  
dejando atrás la sed  
que me trae la memoria...

El amor al final de la escalera  
y en cada peldaño enmohecido  
se oxida el clavo y cruje la madera.

Los pasos interrogan al camino  
mientras la yedra trepa por los recuerdos  
dejando desnudo el pasado hasta la piedra.

José Quesada Garrido



## DECADENCIA

Aquella Navidad la pasó engañando a la máquina que mueve su cuerpo con gotitas de nitroglicerina, no sabía si hacía lo correcto, pero era la única forma de mantenerse en pie. Tenía tanto sufrimiento comprimido en el volcán que atesora su alma, que al mínimo esfuerzo, el magma incandescente fluía abrasando pecho y brazos. Un sudor frío regaba la frente y el oxígeno se alejaba, negándose a entrar en sus pulmones. Era el momento indicado para pisar con su lengua la milagrosa perla que calmaba su agonía.

Así pasaba los días, así, encabritando su mente con recuerdos, con presentes y sueños que tal vez no tuviesen lugar en esta vida. Ahora bien, aunque tan cerca la sentía, nunca pensó en mantener un idilio con la muerte.

En blanco, así se presentó la mañana. Las claras del día dejaron atrás un maremágnum de quebrantadores sucesos. Arropado en un hilo de esperanza, intentaba olvidar dejando perder su mirada entre gigantes estructuras de hormigón helado. La mañana carecía de color y el frío que afuera se adivinaba era de igual magnitud que aquel que acogía su alma. A pesar de sus muchos intentos, la noche volvía y volvía una y otra vez a su pensamiento. Se daba la asfixiante situación del cordel elástico; éste que te da alas y al levantar el vuelo te engulle sin piedad alguna.

Tras de él, en una desconchada pared, un reloj que dejó sus agujas clavadas en una hora concreta; en la mesa camilla el cenicero acompañado de varios paquetes de cigarrillos a medio empezar; junto a la ventana una pequeña jaula destartada de la que apenas se conservaban seis u ocho alambres comidos por la herrumbre. Era ésta el alojamiento de un jilguero al que en un arrebató de libertad quiso verlo volar.

Vivía embriagado en un sinfín de olores a cual más nauseabundo. En aquel lúgubre habitáculo se mezclaban sudor, tabaco y el hedor de basura almacenada durante varios días. Una feroz halitosis provocada por la mezcla de alcohol y tabaco se desprendía de su aliento, y un pestilente olor a orina delataba la incontinencia producida por un problema de próstata mal curado.

A lo lejos, sonaban campanas martilleando con un compás adormecido. Un transistor, de los de «a pilas», daba las noticias con la repetitiva constancia de un bucle sin fin, y en la cocina se sumaba al repertorio un grifo mal cerrado que escupía gotas con sincrónico compás... Nada de esto era motivo para alejar de su cabeza un terrible y pertinaz zumbido que le acompañaba con tan solo despertar.

Su aspecto bien podría enclavarse en la más cutre y desarrapada imagen posible. Vestía con un pijama de mil rayas y otras tantas arrugas, las manos y comisura de los labios reflejaban el amarillento color de la nicotina; su rostro, de tonos sumamente demacrados, se dejaba entrever tras una barba despoblada y canosa, y un pelo grasiento y despeinado vestía su cabeza dando fin a tan patético retrato.

Al caer el día, todo aquel galimatías de ideas, pensamientos y contradictorias sensaciones se hacían silencio, un silencio helado, impávido, un sepulcral silencio interrumpido, tan solo, por el latir arrítmico de un corazón maltrecho.

Sin duda alguna, el escenario propio de una vida en decadencia.

Francisco Fernández Rizos



## La otra parte del corazón

Hoy la lluvia no tiene ganas de caer del cielo.  
 Se ha dejado la parte natural de su corazón.  
 Hoy no parece que vaya a mojarse la calle y el parque.  
 Y sin embargo, desde la ventana lo que se ve  
 es lluvia. Podría tratarse de una rebelión sin fuerza,  
 una especie de nueva manera de ser lluvia.  
 Los cambios producen miedo. La lluvia, por tanto,  
 busca que la llamemos de otra forma.  
 Esa es la razón. La lluvia que necesita una palabra  
 para ella misma, que la distinga de las otras lluvias,  
 que se parecen, siempre se parecen,  
 pero no son iguales. Así que hoy, el parque,  
 después de la lluvia, permanecerá seco.  
 La lluvia también puede secarse si no se encuentra  
 a ella misma. La lluvia también puede sufrir  
 si la caída de la lluvia es solo un acto de repetición.  
 Todo es tan sencillo, que la lluvia puede morir.



Julián Cañizares Mata



### Voces silenciadas

Voces silenciadas  
 ocultas tras el velo,  
 sueños e ilusiones  
 dispersas por el suelo.

Miradas de tristeza  
 en vuelos hacia el cielo,  
 susurros de oraciones  
 en la inmensidad del tiempo.

Oleaje de mareas

movidas por el viento,  
 suspiros y añoranza  
 de libertad y sentimiento.

Arco iris de colores  
 que asoma en el universo,  
 dulzura, valentía  
 por el azul eterno.

Esposa, madre e hija  
 mujeres con talento  
 soportando bajo el yugo  
 el eslabón del sufrimiento.

Luchadoras sin fatiga  
 bajo el sol del firmamento,  
 esencia de la vida  
 manantial de consuelo.

La mujer es la esperanza  
 de este futuro incierto,  
 ángeles luminosos,  
 que dios plantó con esmero.

Victoria Morales Gálvez





## LEBRILLO

**L**o era el Mar, pero se parecía. Tanto tiempo esperando ver barcos o algo parecido...

Y allí estaba, en un rinconcito del ancho patio, grande y orondo, brillante como el charol. Cuatro generaciones habían sido purificadas, lavadas con el agua fresca del aljibe. Ahora permanece de pie, calladito y silenciosamente observativo. Ya no hay niños para chapotear en su almacenamiento de lebrillo, y eso que no era el Mar...

Ahora llueve poco y el patio suda a chorros cuando la calina de agosto alcanza los casi cincuenta grados. Hay un olivo verde como la albahaca, las parras destellan rayos de luz y el jazmín cuenta los años uno por uno sin que se le escape un segundo. En la veleta casi siempre habita una paloma haciendo arrumacos, de vez en cuando un pequeño ruiseñor salta de racimo en racimo con su musical trino.

El lebrillo permanece con su brillante porte, aunque tiene unos pequeños desconchones y algunas gotas de cal tan adheridas que es imposible quitar, las golondrinas anidan en los pajares año tras año, en otros tiempos lo hacían en el hogar, sobre los palos negros del techo de la almazara. Cuando anochecido veían la luz mortecina del candil, asomaban la cabeza guiñando el ojo. Y allá abajo estaba él, con los restos del agua y jabón, junto a la candela ya convertida en cenizas blancas, los huéspedes dormían escamondados en el pequeño recinto de la alcoba.

Con los primeros rayos de la aurora, las golondrinas romperían el silencioso día, y él, como lebrillo que era, volvería a su rinconcito del patio.

Conchi Rosales Rosa



## CAMINANDO POR LA VIDA

La lluvia de días pasados había dejado tras de sí un cielo limpio y una tierra de colores vivos. Y yo, cansado del ruido de la ciudad, de sus humos y prisas, necesitaba un baño de sol en el campo.

Sediento de naturaleza, salí a la calle con el ánimo de un niño dispuesto a destripar terrones. Pronto dejé atrás las últimas casas del pueblo y «La garganta del charco jondo». Apenas había en ella un hilo de agua.

Al salir de la sombra de «Latalaya», me di de cara con el sol que parían los montes. Mientras me maravillaba de la Creación, un campesino montado en el mulo pasó a mi lado y me saludó: «Güenos días, Dios guarde a usted».

Ese buen hombre parecía venido del pasado. Tras saludarme, cogió su camino y yo seguí con el mío: lo bordeaban olivos donde las aceitunas aún cuelgan como racimos de uvas.

A la sombra del verde plateado, di aire a las piernas, bajando una cuesta hasta que sentí la soledad del campo. Me detuve entonces junto a un pequeño arroyo, un arroyo limpio, de agua cristalina. Allí sentí que el murmullo de la corriente, el olor a tomillo, el olor a romero, el generoso sol y el canto de los pájaros me llevaban a un mundo en paz.

De un salto atravesé la corriente para seguir paseando por una senda, acariciando las ramas de los olivos, de esos olivos que suben hasta lo más alto, hasta la cima del monte, salpicados de trecho en trecho por linderos cuajados de espinos, de matorrales, de almendros desnudos.

Ya el sol calentaba mis espaldas. El sendero era interminable. Me senté sobre una piedra a descansar, a contemplar el paisaje desde un mar de olivares.

En los más hondo, entre una hilera de álamos y salpicado por los juncos, brilla el arroyo y en lo más alto, por encima de todo, se levanta imponente el murallón de la sierra. Y en la falda de la sierra, entre el blanco del pueblo, las almenas del castillo y la torre de la iglesia miran sobre los tejados.

Embriagado de paz y belleza, encaminé mis pasos por la vereda que termina en una casa de tejados caídos, de paredes ennegrecidas, donde solamente las piedras de un molino desafían al tiempo. Entre sus paredes encontré jirones de vida de sus antiguos moradores, y pensé entonces que sus hijos o nietos ya estuvieran, como yo, inmersos en la vorágine de una gran ciudad.



Huyendo de aquel pasado, di alas a mis pies, con la sensación de que los espíritus de los aceituneros que habitan entre los olivos me seguían. Y así no paré hasta encontrarme de nuevo con la corriente de agua. Saltando de piedra en piedra, alcancé la otra orilla y me incliné sobre aquel espejo empapándome por dentro y por fuera de su agua bendita.

Me senté a reposar a la sombra de un álamo, mientras la melodía del arroyo acariciaba mis oídos y mis ojos descansaban en los cipreses lejanos que se alzan sobre la mancha de olivos, allá en el cementerio.

Tomé otra vez la cuesta arriba, llevando sobre mis pies el peso del camino y sobre mis espaldas la luz de la mañana. Una senda traía las oxidadas vías del tren, y como un niño hice en ellas equilibrista y no descarrilé. Y estrellé luego algunas piedras sobre el hierro, hasta que a mi memoria llegó el silbido del trenillo acercándose con su reguero de humo, cargado de historias, de sudores, de oro verde.

Y viajando en él, sin darme cuenta, llegué a la puerta del cementerio. Los nichos asoman por la tapia adornados con flores. Unas viejas enlutadas se persignaban a la entrada. Los cipreses acarician el cielo con su verde siempre eterno.



Recordé que era el día de los difuntos y decidí seguir caminando por la senda de la vida.

Rafael López Ayala

*“CAMINANDO POR LA VIDA”, Primer Premio, en la categoría de mayores, del VI Concurso de Cuentos, Relatos y Poesía “Sebastián Cuevas” del Ayuntamiento de Córdoba. Córdoba, mayo de 2005.*



**E  
L  
M  
I  
L  
A  
G  
R  
O  
d  
e**

**S  
A  
N  
V  
A  
L  
E  
N  
T  
Í  
N**

**E**l vaivén del parabrisas y la lluvia contra el cristal apenas le dejaban a Sergio escuchar la radio. Tampoco prestaba atención. Hacía muchos años que el día de San Valentín se había convertido en una mosca rencorosa que se atiborraba comiendo de la herida que un día abrió la muerte de su esposa. Solía empezar unos días antes, con un leve zumbido. El desenlace era inminente. Nada podría evitar que otro año más la cicatriz manase recuerdos en un llanto afligido de inmensurable añoranza. Luis Fonsi embotaba el interior del coche cantando “imagínate sin ti”. Aunque deseaba arrancar el salpicadero y acallar esa insoportable tortura, algo en su interior ataba sus rígidas manos al volante. En el fondo, aquel dolor le recordaba que no siempre estuvo solo y le costaba deshacerse de él. Le devolvía aquellos días en los que se sorprendió a sí mismo amando a la que fue la mujer de su vida. Le calmaba saber que fue real. Tan real, como la punzada que en esos momentos le atravesaba el pecho.

EL pitido de los coches lo devolvió de nuevo a esa calle, encharcada de gente y de lluvia, donde se encontraba parado junto al semáforo. Hacía rato que estaba en verde y sin embargo él permanecía quieto, ocho años atrás, evocando esa época en la que todavía era feliz.

Al ponerse en marcha giró a la derecha y se detuvo pocas manzanas después, junto a un portal algo sucio y abandonado. En comparación con su vida, ese lugar nada tenía que ver con el lujo al que él estaba acostumbrado. Ni siquiera con el deportivo rojo que acababa de aparcar frente a la entrada. Sabía que no debía seguir adelante, pero notó algo en aquella llamada y en el tono con el que habló la desconocida, que no podía oponer resistencia.

“Te necesito” fue lo único que dijo antes de colgar. Sonaba nerviosa pero segura. Apenas la conocía de vista. No recordaba haberse cruzado con ella más de cinco veces, pero hubo algo en su forma de hablar que atrajo su voluntad esa tarde y lo condujo hasta la puerta de su casa.

En pocos minutos se encontraba en su interior, caminando despacio a través del pasillo. Ella cuidaba sus andares, deteniendo su cadera a cada paso que daba. Sería veinte años más joven que él y aunque era atractiva, hasta ese momento no se había fijado en ella.

Cuando llegaron al salón, Elisabeth se detuvo de espaldas a él, apenas vestida por una lencería de encaje negro que la hacía aún más irresistible. Sergio en vez de sonrojarse se sintió joven y atractivo. Incluso pensó que podía volver a enamorarse. Acercó sus temblorosas manos hasta los hombros de ella y saboreó cada escalofrío que recorría su cuerpo. Apretó su deseo contra su piel y dejó que fuese ella quien desnudase su cuerpo y... ante todo, su mente. Como si



en vez de Elisabeth fuese su esposa, la poseyó allí mismo, en el suelo, sin importarle lo frío que estaba el mármol. Su alma palideció con cada movimiento y comprobó que llevaba razón al pensar que sería capaz de amar de nuevo, de sentir el calor asfixiante que paralizaba su rostro justo antes de llegar al éxtasis. Justo cuando esto ocurrió, justo en ese momento, al borde del abismo, notó cómo ella lloraba sobre su brazo y pensó que también ella sentía lo mismo. Entre espasmos todavía, se preguntó si algún día podrían llegar a enamorarse. Quería morir allí mismo. Después de tantos años, su cuerpo todavía reaccionaba ante el placer de la carne y volvía a sentirse tan vivo como de joven.

Maldijo tener que marcharse tan pronto. Si no fuese el jefe de trasplantes del hospital de San Diego, hubiese permanecido allí hasta olvidar su herida y la mosca que lo atormentaba. Al igual que los últimos años, prefería estar ocupado y se había quedado de guardia. Podrían llamarlo en cualquier momento. Se levantó en silencio para no enturbiar el ambiente, se puso la ropa y con cautela, cerró la puerta al salir.

Ella seguía inmóvil, desnuda, abatida y llorando a horcajadas sobre el suelo, junto al sofá. Así permaneció durante unos minutos, abstraída por todo lo que había sucedido. Cuando pudo reaccionar, Sergio ya se había ido. No tenía tiempo para vestirse. Después de lo que había hecho no podía dejarlo marchar sin hablar con él. Jamás se lo perdonaría. Cogió el primer abrigo que encontró de camino a la calle y, semidesnuda, corrió en su busca para explicárselo todo. Necesitaba su ayuda y apenas le quedaba tiempo.

En mitad del asfalto, cuando quiso levantar la vista hacia el coche rojo que la alumbraba, ya era demasiado tarde. Ni siquiera Sergio pudo evitar el golpe.

En solo treinta minutos Elisabeth yacía sobre una camilla. Su corazón latía en manos de Sergio, quien dirigía la operación y se esforzaba en olvidar lo ocurrido para no entorpecer el trasplante.

Al otro lado, en una camilla, su marido, quien tras semanas ingresado en el hospital, por fin recibiría el corazón que le salvaría la vida.

El destino torció lo que Elisabeth planeó aquella mañana cuando supo que si no sucedía un milagro, su marido moriría en las próximas doce horas. Fue San Valentín quien decidió por ella.

Javier Villena Carrillo





## MONSTRUO

Un monstruo viene a verme  
 con su cara de futuro,  
 es mi monstruo, solo mío,  
 cada uno tiene el suyo.  
 Da igual si me visita  
 en la mañana absurda,  
 en la tenebrosa noche  
 o en las tardes mudas,  
 su dura presencia  
 a mi me aterra  
 tanto... que mis pies  
 se anexan al suelo  
 como si buscaran  
 su raíz rota.  
 Y aunque mi boca  
 se seque,  
 arda mi estómago  
 y mis brazos tiemblen,  
 cuando hiele mi nuca  
 su aliento gélido  
 ¡sólo mi jinete plácido  
 podrá vencerle!

## ROSA

Como la rosa madura  
 es cálida tu belleza  
 aunque lentamente, tus pétalos,  
 jugosos aún, se marchitan.  
 No eres flor que fácilmente  
 se te escoja.  
 Ya que no deslumbras de frescura  
 aunque sí de sapiencia.  
 Pasas inadvertida  
 en tu tallo de prudencia,  
 y te aferras...  
 mientras soplan la brisa,  
 los fieros vientos  
 y se abre el infierno.

## CONDICIÓN

Ahora entiendo lo que oí  
 de pequeña,  
 de aquel hombre  
 que vivió una guerra:  
 La condición humana  
 no es más que una alimaña  
 que en sus fauces te enreda  
 mientras bajo sus pies de madera  
 te machaca si eres débil  
 y cuando ganas te agasaja.  
 Te deja solo,  
 rodeado de gente,  
 y aunque la muerte te ronde,  
 rara vez se detiene  
 para ofrecer su mano  
 al que tiene debajo.

M<sup>a</sup> Dolores Gracia Jiménez



## HUELLA

**M**e daba escalofríos. Cada vez que tenía que cruzármela, desviaba la vista como si hubiera visto algo digno de captar mi atención y mientras me alejaba, sentía en la nuca unos ojos que me taladraban hasta llegar a zona segura. Vivíamos en la misma calle, así que la rutina me obligaba a verla casi a diario. Podría haber elegido otra ruta, pero la vagancia me hacía fuerte para soportar cada intento de encuentro. Las malas lenguas decían que echaba el mal de ojo, aunque yo no creía en esas cosas, pero cuando me atrevía a echar un rápido vistazo a su cara avinagrada, sentía su maligno poder. Derrotado por una fuerza invisible, agachaba la cabeza y pasaba de largo, rogando porque la próxima vez que la viera, buscara otro blanco para sus malas artes.

Era una joven poco agraciada y su pelo grasiento se le escurría por la cara. Entrada en carnes, vestía ropas ajustadas que habían conocido mejores temporadas, tal vez heredadas de alguien con dos tallas menos. Sin embargo, no era su aspecto dejado y su mal gusto para combinar prendas lo que me estremecía. Era su capacidad innata para abrir la cortina tras la puerta enrejada y darte un susto de muerte. Murmuraba palabras ininteligibles y yo, tragando saliva, apresuraba el paso con disimulo y guardaba el tipo el interminable trayecto hasta mi casa. Por eso, nunca me había atrevido a saludarla. Creía que, si lo hacía, me diría algo en un idioma extranjero que evocara a la maldición de un poseso.



Ese día me desperté con energía, con ganas de comerme el mundo, sin intuir que todo cambiaría. Ni siquiera había tenido en cuenta el poder tropezármela, ya que caminaba sumido en mis pensamientos. Por costumbre, había cambiado de acera para no tener que sufrir el repentino sobresalto que estaba minando la capacidad de aguante de mi corazón. Era de mañana y hacía un sol radiante, así que ella no se había contentado con abrir la cortina, sino que salió al rellano. Se quedó mirando cómo me acercaba y yo, que seguía pensando en lo mío, susurré un cordial «hola» antes de ser consciente de a qué vecina acababa de dirigirlo. Apresuré el paso cuando la vi hacer ademán de responderme, casi tentado a taparme los oídos en un inútil intento de no sufrir su maldición. Antes de que pudiera evitarlo, escuché un tímido saludo. Me paré en seco y volví la cabeza para comprobar que en efecto había sido ella. Me seguía mirando con esa cara de amargada, pero al ver que toda mi atención estaba puesta en ella, enrojeció y entró en su casa. Retiró despacio la cortina y se asomó. Yo reanudé mi camino, hipnotizado por el eco de su voz, un dulce canto de sirena que no parecía pertenecerle y que a mí me había roto los esquemas. Desde ese momento, supe que quería volver a escucharlo, aunque terminara ahogándome en un mar inexplorado.

Celia Arias Fernández



## DIVAGACIONES CON ANGUIE



**A**ún no he podido superar el impacto emocional que me produjo el descubrimiento que me confió mi amiga Anguie. Aclaro, ella es mi mascota y mi inseparable amiga. No he hablado de ésto con nadie por dos razones. Si comentaba con alguien que tenemos la posibilidad de mantener una comunicación verbal entre nosotros, ella perdería la posibilidad de conectarse conmigo para siempre. Que, de ser cierta esta afirmación, se rompería la magia que acababa de descubrir y compartir conmigo: primero que no podía comentar con nadie el hecho de que ella podía hablar; segundo, ¿quién me podría creer y que ello pudiera ser posible? Es por ello que debo evitar ser cazado manteniendo una conversación con mi perrita, sería difícil explicarlo. Entonces hemos decidido que nuestra comunicación sería verbal solamente en la calle y telepáticamente cuando estemos en casa, para que mi familia no me mande al psiquiatra. Yo soy el elegido, privilegio que me concede a mí exclusivamente, ya que solo puede hacerlo una vez en toda su vida. Ella me concedió el honor de compartir este milagro increíblemente mágico.

El primer tema que me presentó fue «La relación sexual y la reproducción», menudo tema. Esto ocurrió cuando paseábamos por el parque y nos habíamos encontrado con una pareja de su especie. El macho, un bonito y corpulento bóxer, montaba a una hembra y ésta parecía que lo pasaba muy bien. Fue muy complejo para mí afrontar este tema, sobre todo después de

haber evitado insistentemente que pudieran montarla. Las consecuencias serían que al cabo de unos meses tendría varios cachorritos de los que ocuparme y ésto sería un gran problema.

En su encuentro con otras mascotas, yo creía que se olían para identificarse y, si se aceptaban y tenían ganas de jugar, corrían persiguiéndose entre ellos. No era así. Anguie también comentaba, hablaba con los de su especie; entre ellos había una gran comunicación, trataban sobre sus vidas, sus dueños... que si el mío me alimentaba bien, que tenían una familia que le querían mucho, etc., etc. Se comentaban entre ellos sobre otras perritas que habían parido a sus crías, después de haber tenido contactos con otros machos de su especie. Esto ocurría cuando ambos se olían y si estaban en celo se mostraban deseosos de montar y ser montada.

—¿Por qué yo no les dejaba que lo hicieran y vivir ambas experiencias, como la de gozar con el macho y posteriormente tener sus cachorros? —pensaba Anguie, olvidando que sus pensamientos me llegaban a mí también.

Antes de exponerle mis argumentos, me lanzó un ladrido para que me callara. Le hice caso, me pareció muy seria y persuasiva.

—Tú tienes dos hijos y una compañera que te quiere y permanece contigo siempre. Cuando has estado enfermo ella te ha cuidado, te ha hecho la comida y ha cuidado de ti, ¿por qué yo no puedo tener relación con otro macho y tener cachorros? Me gustaría mucho tenerlos y cuidarlos como haces tú con tus hijos.





—Hay una gran diferencia: nosotros somos humanos y tenemos nuestras reglas, solo nos relacionamos socialmente y, si surge el amor, formamos una pareja. Luego nos casamos y vienen los hijos. Tenemos una norma de convivencia, no se parece en nada a vosotros. Cuando un macho está en celo y se encuentra una hembra solo se impone su instinto animal, «aquí te pillo y te monto», así, sin más. Nuestras normas nos son dadas desde pequeños y nos atenemos a ellas. Éstas se llaman leyes y condicionan nuestras vidas y nuestros comportamientos.

—¿Y es por eso que tú nos impones tus propias reglas? No os entiendo. En vuestro comportamiento, lo mismo deseáis tanto a vuestros hijos y lo celebráis como un gran acontecimiento con toda la familia y conocidos, que se alegran de la venida del nuevo hijo, como cuando vuestras reglas consideran que no es oportuno tener más hijos, los abortáis, o sea, matáis a vuestros hijos aún dentro de vuestros vientres. Los humanos sois muy complejos y no entiendo muchas de vuestras reglas. Y no me preguntes cómo sé estas cosas, también puedo entender lo que dice vuestra televisión. A veces me dan mucho miedo la imágenes que en ella se muestran. ¿Es verdad todo cuanto dicen los de la televisión?

—¿Sabes que, para ser el primer tema que estamos tratando, te has pasado? Sé que para ti es muy complicada y confusa esta contradicción. Yo tampoco entiendo la exhibición en la pantalla de tanta crueldad. A veces, muestran perros galgos colgados de los árboles. Ésto lo hacen los propios dueños cuando ya no les son útiles. También se muestran matanzas de seres humanos, delitos de todas clases. A veces me deprime cuando veo tantos horrores cometidos por los de mi especie. A veces me avergüenzo de pertenecer a una especie llena de odio y que se aniquila a sí misma. Vamos a dejar, de momento, este tema porque es muy espinoso y me desagrada mucho.

Me siento en un banco del parque para descansar un poco y sobre todo para alejarnos del «coito canino». No quería que Anguie, a la

que nunca dejé que tuviera esa experiencia, se excitara y me diera el día. Guardamos un buen rato de silencio. Solo se oía el trinar de los pájaros y algún ladrido canino más lejano. Entonces, pude observar que la amorosa pareja ya se había separado. Sus dueños se estrecharon la mano y se alejaron por distintas direcciones. Sus mascotas giraban el cuello como lamentando haber sido separados, pero las tensiones de sus correas consiguieron alejarlos hasta las salidas del parque. Anguie había estado siguiendo a la pareja y cuando los vio salir del parque se incorporó mirándome fijamente.

—¿Te parece justo que tú decidas por mí? —me decía con sus socarrones y penetrantes ojos fijos sobre los míos.

—Si te dejara actuar como esa pareja, tendrías cachorrillos y yo no podría mantenerlos, tendría que separarte muy pronto de ellos y te afectaría mucho al no tenerlos contigo. Nosotros, los humanos, somos responsables de todo cuanto os concierne e incluso, además de recoger vuestras cacas, si ladráis, asustáis a alguien o mordéis a otros humanos. Cualquier acción contra alguien, para mí sería un gran problema. Nuestras leyes nos hacen responsables de todos vuestros hechos, tenemos que responder por vosotros. Piensa en ello antes de romper algo o morder a alguien, me crearías muchos problemas. Como vuestros tutores, tenemos la obligación de vacunaros contra las enfermedades que os afectan, también colocaros un chip de identificación. Esto se hace para localizaros si os perdéis y para que estéis identificados. Si algo te pasara, el chip que llevas insertado informaría de tu nombre y dónde viven tus dueños, o sea tu casa. También debemos alimentaros adecuadamente y llevaros al veterinario -vuestros médicos-, periódicamente para que os examinen, ver si tenéis algún problema de salud y tomar las medidas para curaros.

Disimulé preocupado al advertir que una señora que paseaba a su perrito nos estaba observando. Me puse a manipular unos auriculares que llevo colgados para escuchar música y esperé a que se alejara para seguir el diálogo «humano-mascota». Mis explicaciones a Anguie



parecían haberle desconcertado, había guardado un largo silencio. Entonces emitió un leve gruñido de confusión y desacuerdo. Y sin yo esperarlo volví a recibir otra inesperada pregunta. Anguie empezaba a ser muy insistente.

—¿Cómo llegué a tu casa? Y... ¿cómo tengo que llamarte cuando quiera decirte algo? —La miré fijamente como si de un duelo se tratara, pero lo acepté y me dispuse a contestarle.

—Mi hijo se presentó un día acompañado de un amigo y su hija pequeña. Ella te llevaba en sus brazos y te trataba con mucho cariño, tú le respondías de igual modo, así llegaste a casa. Mi hijo deseaba desde pequeño tener un perrito y tú le gustaste mucho, se encariñó muy pronto contigo. Y desde ese día te quedaste para siempre. Su amigo había venido de Inglaterra y trajo consigo a la que era tu madre. Una hermosa bóxer toda blanca. No quiso separarse de ella y la trajo a España. Así, querida Anguie, por tus venas corre sangre inglesa y española. Vivían en una casa con un bonito jardín, pero un buen día un enamorado podenco logró introducirse a través de un hueco y logró fecundarla. Esa fue la razón de que tras dos meses y un poquito más de gestación nacieras tú. Erais una gran camada, pero consiguió encontrarles un hogar a todos ellos una vez que tu madre os destetó. Tus hermanos fueron entregados y acogidos por otros humanos. Tu destino fue venir a vivir con nosotros.

Parecía que empezaba a entender cuál era su situación y por sus gestos no parecía que le disgustara mucho. Se me acercó y comenzó a lamerme en la mano. Luego dio un salto, se subió al banco y puso sus patitas blancas sobre mi rodilla. Me gustó el gesto, entendí que estaba contenta y le acaricié el mentón suavemente.

—No me has dicho cómo debo de llamar-

te, ¿te parece bien «Humano»? —Esperó mi respuesta sin dejar de mirarme.

—En casa, como tú puedes oír, todos me llaman papá. Si tú quieres, puedes hacerlo también. Al fin y al cabo, formas parte de la familia y todos te queremos mucho.

No incorporamos y comenzamos a pasear por el parque. No me atrevía a pensar, quería abstraerme porque sabía que Anguie se había metido en mi cabeza y conocía mis pensamientos. Ésto de hablar con un perro me parecía muy descabellado e insólito, y lo peor de todo es que no podía comentar este hecho con nadie. Si lo hacía, temía que se perdiera esta magia y volviera a limitarme a sus gestos perrunos con sus ladridos y gemidos como un perro más. Intenté distraerme con el vuelo de los pajaritos y el hermoso y colorido arbolado del parque y cómo jugaban algunos jóvenes al baloncesto en una cancha acondicionada para ello.

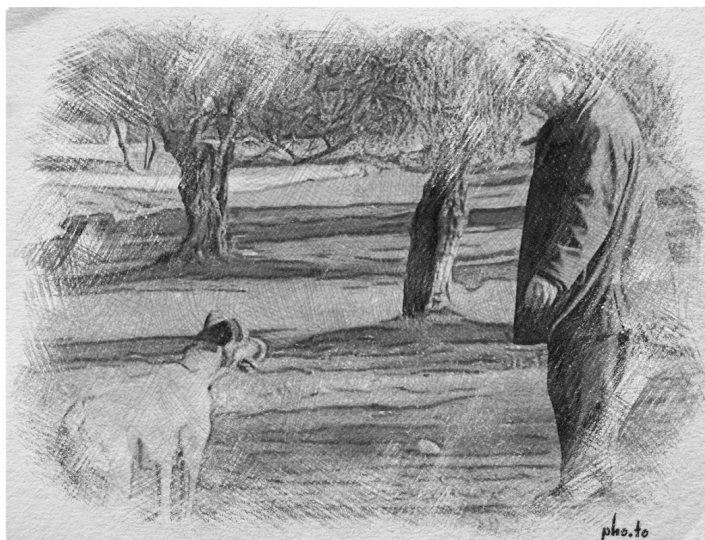
Sé que ella no dejaba de darle vueltas a todo lo que acabábamos de hablar. Había que esperar a que lo digiriera para que volviera a la normalidad. No tardó mucho en romperse este silencioso momento.

—¿Que hacéis vosotros cuando tenéis muchos hijos y no queréis tener más? ¿Os los retiran y se los entregan a otras familias?

—Nosotros controlamos los hijos que queremos tener, tenemos medios anticonceptivos que evitan que nuestras parejas queden fecundadas, de esta forma tenemos los hijos que podemos mantener.

—Y si no tenéis esos anticonceptivos o fallan, ¿qué hacéis con los hijos no deseados ni esperados? ¿Los entregáis a otros humanos para que los críen?

—Según sea la situación económica de cada cual. Bien debido a alguna enfermedad que pueda arriesgar la vida de la madre, ésta,





creo yo, puede abortar la gestación del embarazo. También, si no quiere que su hijo nazca, la ley impone y prohíbe que sea a partir de un tiempo determinado por las mismas que lo permitan. Los humanos estamos sometidos a un sinfín de leyes y normas de convivencia. Es necesario un orden para que todos vivamos en comunidad y nos respetemos los unos a los otros. El que rompe la ley es juzgado y castigado según la gravedad de su falta. Entre nosotros los humanos están los que cumplen con la ley y los que no.

—¿Tenéis una ley que permite y autoriza que se interrumpa un embarazo permitiendo que vuestros cachorrillos mueran antes de nacer? La verdad es que cada vez os entiendo menos. ¿Tú respetas y apoyas esa ley? Y a los que están en contra de ella ¿qué les pasa?

—A mí no me gusta esa ley, prefiero que las leyes protejan más a los neonatos y sean más humanas de lo que aparentan ser. Pero en la sociedad en la que vivimos existen agrupaciones proclives al aborto, e incluso se manifiestan reclamando que el abortar es un derecho que pertenece a la mujer, y consideran que forma parte de su cuerpo y que el cuerpo es suyo. Cuando lo pretenden y lo reclaman, una gran multitud de personas por las calles, manifestándose en contra de las leyes que no comparten, a veces estas presiones consiguen su fin. De esta forma lograron que se incorporara una ley que permite el aborto. El gobierno se asustó y no fueron capaces de oponerse a estas peticiones.

—¿Y tú de qué lado estás? ¿Eres partidario de esos movimientos? ¿Sabes que me estás dando miedo? Si entre vosotros actuáis así, ¿qué será de nuestra especie, que tenemos una total dependencia de vosotros?

—Yo no estoy de acuerdo con esa afirmación, solo pienso en la inocente e inofensiva criatura a la que se le niega el derecho más importante, que es la vida misma, por lo que me encuentro al lado de los que luchan y defienden la vida. No comparto la idea de acabar con ninguna vida, sobre todo la que esté en proceso de gestación, porque es más inocente. Quiero creer que toda vida debe de ser respetada. El

nacimiento de una criatura lo considero un milagro que la naturaleza nos regala. ¿Te imaginas si por alguna causa todos los seres humanos dejáramos de ser fértiles? La humanidad se extinguiría. Por eso, cada vez que nace un nuevo ser es un nuevo milagro que la naturaleza nos regala. Considero que una vez gestado el ser, se le debe dar una oportunidad de vivir. No podemos ser contranatural con la vida. Tampoco que las leyes determinen quién vive y quien no. Se que otros consideran un derecho el abortar, pero creo que cada cual debe optar en conciencia su decisión. El ser humano se entrega al placer del sexo sin tener en cuenta que este hecho, aparte de ser un placer, es un gesto de reproducción innata en todos los seres vivos. Así hemos sido diseñados todos los seres del planeta. La sociedad ha evolucionado mucho y cuenta con medios efectivos para evitar la fecundación si solamente se busca el placer del sexo. Nosotros castramos a nuestras mascotas para que no tengan crías. Pero tú no te preocupes que no lo estás.

—Perdona que te haga esta pregunta, pero si me consideras de la familia esto me afectaría. ¿Serías capaz de abandonarme por tu situación económica u otras razones por las cuales no te permitieran ocuparte de mí?

—Sabía que me harías esa pregunta en cuanto tratáramos este tema. Estas leyes no os afectan a vosotras las mascotas. Y tú tranquilízate, no todos los humanos somos iguales. Yo soy el responsable de cuidarte y de tu bienestar. Entiendo que, como todos los de tu especie, teméis perder el cariño de vuestros amos. Algunos sí se han comportado muy mal con sus mascotas y éstas han sido abandonados en las perreras municipales, otras dejados en gasolineras cuando se marchaban a disfrutar de unas vacaciones y no se preocuparon de sus mascota. Éstas más tarde suelen ser atropelladas por caminar por la carretera tras sus amos, los coches circulan a muy altas velocidades por ellas, y es muy frecuentes encontrar animales atropellados, sobre todo en el verano al ser época vacacional. Pero no te preocupes, mi respuesta es no. No te dejaría nunca. Eres mi adorada Anguie



y no quiero ni puedo entender que estuviéramos separados. Ya formas parte de mí y me das mucha compañía. Tenías dos meses cuando llegaste a casa, y no he dejado de cuidarte y protegerte. Solo quiero que te portes bien y que todos estaremos contentos.

—Creo que vosotros sois, a veces, más salvajes que nosotros —me interrumpió Anguie—. Estáis contaminando y acabando con la naturaleza. Los ríos están enfermos y los mares están inundados por residuos de petróleos vertidos sobre ellos. Esta contaminación está diezmando las especies que viven en un mar muy sucio y envenenado. Interrumpís la procreación de vuestra especie, también os matáis entre vosotros en guerras interminables. Lo cierto es que sois una especie llena de contradicciones.

Anguie me estaba evidenciando que le prestaba mucha atención a los informativos que emitían las televisiones. También demostraba, con sus comentarios, que nuestra especie adolecía de muchas buenas acciones. Seguimos paseando y pude observar que estaba muy preocupada, lanzándome miradas turbadoras. Creo que quería mostrar la frustración que tenía sobre nosotros los humanos y se estaba llevando una gran decepción. Me sentí mal por ser de la especie aludida, como responsable. También dirigía su condena hacia mí, lo percibí por sus comentarios, como si me culpaba de todas las atrocidades cometidas por mis congéneres.

—No quiero que te lleves una decepción por culpa de otros, no todos los humanos somos iguales. Siempre hemos resurgido de las grandes catástrofes y hemos mejorado con la nueva especie. Espero que la humanidad tome conciencia de los males que hemos sufrido y sepa corregirlos.

Algunas reacciones se están produciendo. Están surgiendo movimientos pacíficos y sobre todo en defensa del medio ambiente. Estos grupos están concienciando cada vez más a la sociedad y también sumando apoyos que va creciendo en la defensa de la naturaleza. Yo tengo esperanza y confío en que los movimientos que están surgiendo como protesta puedan evitar repetir los errores y podamos conseguir un habitat mejor para todas las especies que pueblan nuestra tierra. Como miembro de la raza humana te prometo que lo conseguiremos. Ten confianza en la rehabilitación de la humanidad y en el ser humano. No somos tan imperfectos como parecemos y ganaremos esta contienda.

Ahora me pareció que fui convincente, la vi caminar más alegre y no dejaba de mirarme. Parecía que mi argumentación la tranquilizó mucho, e incluso creí oír que canturreaba una canción. Sé que es imposible de entender, pero así me lo pareció. Lástima que no la pudiera soltar, por estar prohibido por las normas. Seguro que me brindaba una bonita carrera por el parque, pero las leyes son las leyes.

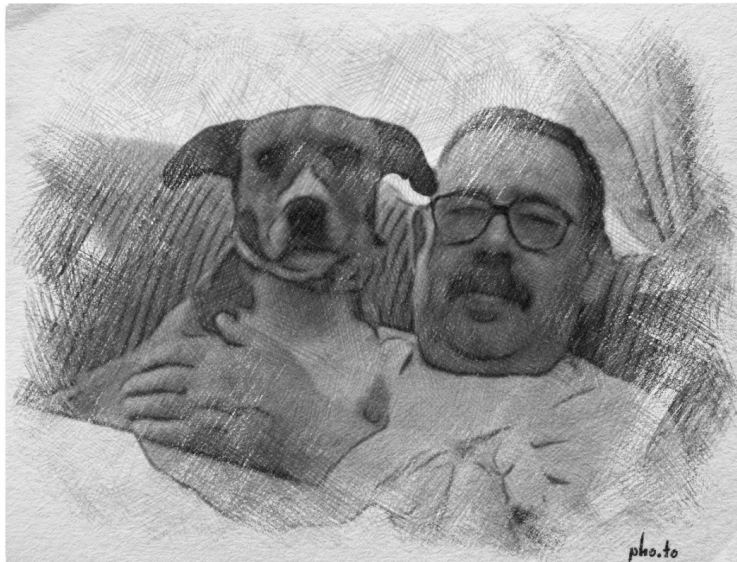
Espero que esta magia que ha surgido entre mi perrita Anguie y yo continúe. Ella también me hace reflexionar sobre asuntos complejos que vivimos todos los días. Nos vamos a casa, Anguie me recuerda que antes debo pasar por la panadería para comprar el pan.

—Gracias por recordármelo, eres un encanto.

—Yo también quiero cuidar de ti, eres como mi papá...

Me hizo gracia

este comentario, la miré, acaricié su mentón y hasta me pareció que sonreía.



Roque Cruz Navarro



En aquel cajón de un mueble astillado  
guardaba los versos de un amor callado,  
folios con perfume a melancolía  
papiros con sueños de un bello pasado.

Venía el ocaso que el sol se llevaba,  
y un rayo de luna entra en su ventana,  
como cada noche cual si fuera un rezo  
uno a uno al viento leía sus versos.

Cartas con plegarias a un amor soñado,  
secretos del alma que en cada cuarteta  
al paso del tiempo iba deshojando.

¡Ay! como me duele este amor  
que tanto bien me ocasiona,  
que vivir quisiera por tu persona.

Reposé las ansias de estar a su lado  
en la orilla agreste que de juncos bulle,  
vuelo de palomas que surcan la tarde  
reflejos del alma que del río fluyen.

Se mira en las aguas de un manso rellano  
un corcel que agita sus crines al viento,  
matices dorados surcan la corriente  
al fondo una torre tañe sus lamentos.

¡Que paz me acompaña en aquesta hora!  
Se va el pensamiento lleno de recuerdos  
buscando su rostro entre las aneas.

Ya tiñe el ocaso de púrpura el cielo,  
se asoman luceros en el firmamento  
y yo que añorando seguiré viviendo.

No me arrebatas el tiempo,  
tu tiempo  
el tiempo que de ti me queda,  
no calles la melodía  
que a este corazón le llega,  
un minuto, algún segundo  
la décima de un poema,  
tu tiempo, tu abrazo  
la mejor de las falsetas.  
Te toco, sí,  
mira que te estoy tocando,  
toco la ira terrena  
que a tu pueblo ha sepultado.

Te toco, sí,  
no ves que te estoy tocando,  
que palpo con impotencia  
la vida que te han quitado,  
te toco y me estremezco  
con tanto dolor causado,  
te toco y toco la rabia,  
la desazón, el ocaso,  
las ruinas que engulleron  
a los cuerpos sepultados.

Te toco y toco tu alma,  
que por siempre  
han desgarrado.

Francisco Fernández Rizos



## PERDIDAMENTE BELLA

**P**or la abrupta tierra murciana marchan tropas almorávides venidas del Magreb, dispuestas a reconquistar Aledo, tomado por las fuerzas castellano-leonesas apenas cuatro años antes. El paso empieza a ser lento y torpe dado lo escarpado del terreno en estas primeras estribaciones montañosas del camino del sur. Trascurre el año cuatrocientos ochenta y dos después de la Hégira...

Estaba cubierta de hojas al pie de una vieja encina. Inmóvil y sucia, parecía una muñeca cristiana. «¡Está viva, está viva!», le dijeron sus hombres. Sin saber por qué lo hacía, bajó de su montura con la imperiosa necesidad de verle la cara. Su piel, blanca y sedosa, estaba cubierta de tierra, olía a monte húmedo; su pelo castaño, enredado en las hojas, no había perdido el intenso brillo que hacía retirar la mirada al darle el sol; los labios, aunque pálidos, seguían siendo carnosos y jugosos como una fruta fresca puesta ahí directamente por la mano de Al-lâh (Glorificado Sea); tan frágil y apetecible, era el ser más hermoso que había visto jamás.

—Mi señor, ¿qué hacemos con ella?

—Llevala a mi carro y procurad que no le falte de nada. Lavadla y alimentadla lo quiera o no. Esta tarde la interrogaré y no quiero una andrajosa en mi presencia.

—Así se hará.

—Mujer, ¿cómo te llamas?

—Elena es mi nombre, y ¿vos?

—¡Aquí el que pregunta soy yo, perra!

—¡Oh, perdonad mi atrevimiento! Creía que los musulmanes sabían tratar a una dama pero veo que estaba muy equivocada.

Visiblemente contrariado, Yusuf siguió preguntándole:

—¿Quién eres?

—Una cristiana. Iba a Aledo a visitar a mi prima enferma cuando me asaltaron y me robaron los presentes que le llevaba. Me empujaron contra un árbol y ya no recuerdo más. Fue esta mañana muy temprano. Casi de noche. ¿Quién sois vos?

—¡Insolente! ¡Dirígete a mí con más respeto! ¡Soy tu salvador y el elegido por Al-lâh (Glorificado Sea) para traer la civilización a tu tierra! ¡Soy el emir Yusuf ibn Tašufin y mi reino se extiende por Marrakech y el norte de África! ¡Siéntete dichosa por estar tan cerca de mí!

—¡Bah! Al fin y al cabo, un hombre que me ha recogido medio muerta y me ha reanimado. Nada más —dijo orgullosa—. Os estoy muy agradecida, pero no esperéis de mí lealtad ni adoración. ¡Sabed que no soy esclava de nadie y menos de un infiel como vos!

—¡Ja, ja, ja! —Rió Yusuf con absoluto desprecio—. Sabed que no sois mi esclava... Seréis mi quinta esposa. Tenéis anchas caderas, juventud y hermosura. Podréis darme hijos sanos y



fuertes. Me casaré con vos dentro de dos lunas. El día que tomemos Aledo, próximo si es el deseo de Al-lâh (Glorificado Sea), pasearéis de mi mano por sus murallas entre la algarabía de mis tropas.

—¡Ja! Sabed que mi único propósito desde hoy será escapar de aquí. Nunca me casaré con vos ni tomaréis Aledo. Es más, quizá algún día, próximo si Dios quiere, tenga vuestra vida en mis manos y me supliquéis piedad entre lágrimas...

—¡No os equivoquéis conmigo! ¡No me juzguéis a la ligera! ¡No me conocéis! —dijo alzando la voz—. ¡Nunca he tomado por la fuerza a ninguna mujer y no lo voy a hacer ahora! Mi conquista será lenta, lo sé, pero al final caeréis rendida a mis pies igual que caerá Aledo, si así lo quiere Al-lâh (Glorificado Sea)... Cada noche visitaré vuestra alcoba y tomaremos té mientras os recito un poema del mejor poeta que ha dado Al-Andalus, Ibn-Zaydun. ¡No podréis resistiros al dulce elixir de mis palabras, os lo aseguro!



Así, al ponerse el sol, noche tras noche, iba a su encuentro, arrullándola con los mejores versos del poeta:

...

Hay mujeres de agua  
que retienes un momento  
y entre los dedos escapan  
en un veloz reguero.

Dime:

¿cuál es tu sustancia?

Sus oídos recibieron esta cascada de besos casi sin inmutarse, al principio...

...

Hay mujeres de viento  
que al rozar tus oídos  
rindes armas sin remedio  
y te atan a su destino.

Dime:

¿cuál es tu elemento?



Con la esperanza de que nunca acabasen, después...

...

Hay mujeres de fuego  
que prenden como velas  
y te consumen sin esperas  
en la hoguera del deseo.

Dime:

¿de qué estás tú hecha?

Con el ansia imperiosa de recibirlos cada día para seguir viviendo, al final.

...

Hay mujeres de tierra  
como el trigo rubio de mayo,  
como la fresca yedra  
que trepa sin descanso,  
como hierba en primavera,  
como dulce vino blanco  
pasada la cosecha...  
Mujeres donde deseamos  
descansar cada luna  
y entre sus brazos  
echar raíces profundas...

Yusuf fue poco a poco, noche tras noche, calando su coraza despacio, muy despacio, como lluvia invisible que empapa hasta los huesos, hasta que en un encuentro poco antes de la segunda luna, Elena, lentamente, se puso en pie, de espaldas a Yusuf y rozó levemente el broche del hombro. Toda la seda cayó al suelo en un susurro estremecido. Y se dio la vuelta. Su piel tersa y sonrosada, de melocotón aún por madurar, quedó ofrecida a su vista, a sus manos, a sus labios,... Y avanzó, casi flotando, hacia él...

La espada rebotó contra el suelo con estrépito. Le siguió la ropa, en un frenesí desmedido que arrasó con todo lo que llevaba puesto... hasta mostrar un cuerpo hermoso y proporcionado, lleno de pequeñas cicatrices y erosiones, que lo hacían aún más bello a los ojos de Elena... Y corrió hacia ella salvando cualquier obstáculo.

Sus alientos se unieron levemente y bailaron, bailaron juntos la vieja danza, tierna y blanda de dos cuerpos largo tiempo separados y ahora vueltos a unir, como si hubieran sido alejados contra su voluntad, reconociéndose el uno en el otro hasta la hora tardía del último desmayo, cuando cesa la música y sobreviene el sueño.

La noche encontró su sentido. La luna brilló sólo para ellos envuelta en un perfecto silencio de estrellas expectantes. El ruido del mundo enmudeció, las flores cortadas volvieron a su tallo y las lágrimas se recogieron avergonzadas.







Los días se sucedían unos a otros sin novedad. El asedio parecía tan estéril como sembrar en piedra. Entre las tropas atacantes empezaban a correr rumores de la superioridad de los cristianos, a los que su dios no sólo no había abandonado, sino que había fortalecido hasta el extremo de soportar el hambre y la sed impasibles, sin pensar en la rendición.

El campamento almorávide, sin embargo, empezaba a notar la falta de provisiones. Después de esquilmar las aldeas y campos cercanos, cada vez tenían que adentrarse más y más en territorio enemigo buscando víveres, con la consiguiente merma y desgaste de los soldados para la lucha.

Yusuf y Elena vivían ensimismados el uno en el otro, intentando alejar la guerra hasta el último rincón de su pensamiento. El emir había delegado el mando en el capitán de la guardia, su hombre de confianza, para poder pasar más tiempo con su amada. Había pedido ser molestado sólo cuando la urgencia de la situación así lo requiriese.

—¡Me encantan las palomas! Son dueñas del aire y podrían ir a donde quisieran pero siempre vuelven...

—Creo que vuelven por tí, como hago yo siempre. No podrían estar mucho tiempo lejos de un ser tan maravilloso como tú. Gustan de tu compañía tanto como del agua o las semillas. Yo solo puedo sentirme celoso de todo lo que ven tus ojos, de todo lo que tocan tus manos, de todo lo que siente tu cuerpo...

—¡Oh, mi gran amor! Si te hacen sentir celoso dejaré de venir aquí cada día. No quiero que nada se interponga entre nosotros. Te quiero desde antes de conocerte. Sé que éste es mi destino. Siempre lo supe. Mi vida, mi mente, mi ser... Soy enteramente tuya. No podría soportar que me alejaras de tí...

—¡Nunca, jamás he sentido nada como lo que siento por tí! Cuando no estoy contigo me falta el aire, se me nubla la vista, no soy capaz de pensar con claridad. Mis posesiones de Marrakech, mis otras mujeres,... no valen absolutamente nada; mi vida no está completa si no estoy contigo...

Y se besaron largamente apretando sus cuerpos con blanda fuerza.

—¡Mi señor, sus defensas repelen nuestro ataque! ¡No conseguimos abrir brecha!

—¡Luchad con más brío, puercos! ¡Sabemos cuál es su punto débil! ¡No podrán aguantar mucho más! Esta noche quiero cenar entre sus almenas y dormir bajo el dosel rojo de la cámara real.





—¡Mi señor, perdone la osadía pero les estamos tirando todo lo que tenemos! Hemos concentrado nuestra potencia de fuego contra su torre sur, tal como nos dijo, pero nuestras manganas y balistas no tienen alcance y no pueden acercarse más! ¡Se diría que sabían de nuestras intenciones y han reforzado la defensa en este punto! Sus máquinas han sido apostadas en todos los salientes de esta parte de la muralla y nos están diezmando con una fuerza nunca vista hasta ahora.

—¡Hijos de perra! ¿Cómo podían saberlo? Fue anoche cuando nos llegó el mensaje en clave y tan sólo yo lo leí... A menos que...

—Mi señor —interrumpió el soldado temblándole la voz—. Hay algo más,... El puesto avanzado nos informa de que un gran ejército viene hacia aquí. Parece ser que el propio Alfonso VI lo encabeza. Están tan solo a media jornada...

—¡No, no puede ser! ¡Por Al-lâh (Glorificado Sea), que no sea cierto lo que estoy pensando! ¡Preferiría morir tras sufrir mil tormentos antes que confirmar mis sospechas! ¡Dios mío, protégeme en esta aciaga hora! —Su cara había palidecido de repente; el sudor se mezclaba con las lágrimas; sus pasos sólo paraban para buscar algo entre las tiendas reanudando su deambular errático continuamente; la noche sería larga, muy larga, la más larga...



Las jaimas están vacías. La espada pegada con sangre a la vaina. Amanece el día turbio, sin color, entre agonizantes humaredas. Todo el campo se ha cubierto de un manto de flores negras que desgarran con sus picos los despojos. Silencio. Graznidos. El aire, estancado y seco, huele a hierro, a sudor y... a muerte.

Yusuf apenas vislumbra la lejanía. Desplomado sobre las rodillas llora amargamente sin consuelo. En el lecho, a su espalda, Elena se va enfriando poco a poco. Está oscuro, el día se niega a entrar. Sus pechos, aún turgentes, apuntan suplicantes hacia las alturas. Los poemas que le había escrito día tras día alfombran ahora el suelo sin orden. La cabeza cuelga del cuello roto por un costado de la cama. Parece que el peso de los cientos de besos que allí dejó la hubieran vencido para siempre. Los ojos, muy abiertos, se velan poco a poco buscando la completa oscuridad. Sigue siendo bella, perdidamente bella.

José Quesada Garrido



**C**on la primavera, mi colega Juan y yo nos lo montamos de fin de semana en Mallorca, de triunfar y vuelta al ruedo.

Llegamos tarde al hotel, por los habituales retrasos aeroportuarios. Para no perder más tiempo, cenamos allí mismo. Y para bajar rápido, las pizzas, nada mejor que una copita en el bar, calentar motores y eso; tienen una terraza con vistas al mar taco de cool, donde se está de muerte. Pero llegamos a la barra... y nos quedamos en plan estatua, con la boca abierta y babeando baba cosa mala... ¡Qué pedazo de hembras! ¡Qué chorvas calidad extra-superior-especial! Curvas y curvas y curvas... de pies a cabeza, perfección de top model; y unos ojos de un azul intenso, a lo lago glacial, donde perderse para siempre y no regresar. Lógicamente nos pedimos dos cervezas y nos arrimamos a ejecutar faena templada ante morlacas de tanto peligro.

La lengua de Shakespeare la desconocíamos en su totalidad. La culpa es de las autoridades incompetentes, que programan su enseñanza a esa edad donde no se está para coñas; bastante tiene uno con aprender a liarse bien los porros, intentar la hazaña de convertirse en un crack futbolístico, o de basket, en su defecto, y afanarse a la caza y captura de teta-y-culo, por aquietar «algo» las hormonas. Pero como la necesidad es la necesidad, y necesidad de hembra siempre hay, soltamos las cuatro palabras que sabemos, gesticulamos mucho y sonreímos mogollón. Las bombones tampoco iban muy sueltas en esto de las lenguas internacionales, pero logramos averiguar que eran rusas, se llamaban Natasha e Irina y tenían diecinueve y veinte añitos.

Como ya nos conocemos de toda la vida, las invitamos a una ronda de chupitos de tequila. No es una bebida con sabor interesante, lo admito, pero suelta a las tías cantidad. Y con dos o tres en el cuerpo, se ponen de un cariñoso subido, que es lo que se pretende, y se agarran a uno que es cosa mala, digo, buena, superior. En fin, ¡triumfo de dos orejas, rabo y puerta grande!

Tras cuatro rondas en poco más de media hora, las esculturales lucían frescas y como si nada. Subió el tono de las risitas, sí. Y el cuchicheo entre ellas, también. Y nos miraban con intención, ¡faltaría!... Resumiendo, nos pedimos otra ronda.

El camarero, un malaje, o un envidioso, nos avisó:

—Cuidado con las rusas, colegas. Por el frío de su tierra, acostumbran a beber el vodka como el agua y aguantan lo que no hay en los escritos.

Ya no recuerdo si lo mandamos finamente a la mierda... o fue a sus asuntos. El caso es que nos pimplamos el quinto chupito, y mi colega Juan me soltó que se estaba mareando. ¡Qué exagerado! Ni puto caso le hice: estaba lanzado contándole no sé qué a Irina, mezclando el español y el inglés. La superbellezona no entendía ni jota, pero qué sonrisas de cielo abierto me ofrecía; y servidor le estaba cogiendo el gusto a agarrarle la mano, soplarle cosas en la oreja... y



tentarle la cintura.

El sexto chupito entró del tirón. Como estaba mandado. Mi colega Juan me miró un instante con los ojos vidriosos...¡y se desplomó de cacharrazo! Inundado en los ojos de Irina, no lo vi venir. «¡Vaya mierda de colega tan blandengue que tengo, que me deja colgado con dos superrusas de metro ochenta! En fin, ya improvisaremos algo», me dije.

Salimos del ascensor cargando con el cuerpo casi insensible entre Natasha y yo. Señalé con los ojos el bolsillo de atrás de los vaqueros, e Irina me sacó la cartera, extrajo la tarjeta de la habitación y abrió. Los trucos que ha de buscarse uno para que le toquen el culo las chavalas. Arrojamus el bulto sospechoso al catre, le quitamos los zapatos, le aflojamos el cinturón y lo tapamos hasta el cuello. ¡A dormirla! ¡Por gilipollas!

Y al bajar por el ascensor, sentí cómo el estómago me hizo un mal paso, lanzándome la pizza contra la garganta, y apenas alcancé a vomitarla en los baños que había junto a recepción. ¡Qué malo me estoy poniendo, qué malo! ¡Qué sudores y qué escalofríos me están entrando! Las rusas, que me vieron salir de los servicios blanco y oscilante, se hicieron cargo de la situación y me acompañaron y acostaron. Entre el fuego que me ardía en la garganta, los retortijones que me abrasaban el estómago y el puto techo de la habitación, que no paraba de dar vueltas, tardaría rato en dormirme.

Resaca memorable por la mañana. Tras ducharnos y vestirnos, bajamos al bar: necesitábamos desesperadamente un café bien cargado y templar la panza con algo de bollería. Nos sirvió el mismo camarero malaje de la noche anterior. Al pagar, nos preguntó cómo estamos y nos da las gracias.

Las rusas, nos contó, tras nuestra debacle, regresaron a la barra y se encajaron un par de chupitos más, se ve que les había gustado el tequila.



«Acababa mi turno a las once. Y como me las habíais dejado en su punto justo... fue cuestión de insinuar que iba a una fiesta de una discoteca de Palma, y se apuntaron sin pensarlo. Por el camino, llamé a un colega. Tras hora escasa de bailoteo, que madre mía cómo movían esas caderas y ese cuerpo, se sentaron un momento a descansar... y a meternos mano. Las rusas son gélidas, muy gélidas, de acuerdo. ¡Hasta que se calientan! Lo demás, ya os lo podéis figurar. ¡Menudo palizón de sexo! Encima, turno de mañana. Menos mal que uno tiene costumbre del verano, cuando las extranjeras no te dejan en paz un momento.»

Mi colega y yo no dijimos nada. Dimos un sorbo al café, un bocado a las magdalenas, y nos miramos resignados. La puta vida es así, filosofamos cada uno para sus adentros: unas veces se gana; otras, te estrellas y haces el canelo.

Enrique Garrido Jiménez



## DUENDES



**E**ues sí, en verdad duendecillo era aquella figura de dragón escondida en el ancho y orondo hueco del olivo milenario.

¡Niña no te vayas sola que anda el Sacamantecas! La niña estaba oyendo el piar de un pequeño búho, y claro, salió en busca del crepitar y el piar del bebé mochuelo. Las fauces del lagarto en la concavidad de la cueva, del grandullón olivo, eran como un gran dragón; los dientes afilados amenazaban y asustaban a la cría, pero no dudó un momento en rescatar la presa. Aquel día tendría que buscar otra merienda.

Y ahí los avatares, todo el tiempo buscando saltamontes e insectos. El mochuelo creció y una mañana emprendió su vuelo en busca de libertad; ni una sola noche pasó sin hacer visita al patio, ahora lo hacen sus generaciones.

El milenario y gigantesco olivo se ha puesto de color amarillo, ha perdido su bonito verde, no quiere alimentación ni mimos. Su grande cueva, de Alí Babá, está cada día más abierta, la miel de su fruto azabache dejó de destilar, pero en su garganta cueva, guarda un secreto difícilmente de aclarar, ya no queda nadie que dé testimonio alguno, pero él no quiere marchar sin decir lo que esconde. La niña que guarda recuerdos sí que está, aunque no puede comprender el por qué dentro estaba aquella arma con cuerpo de escopeta, solo portaba culata y el cañón. ¿Misterio, sospecha? Los años pasaron deprisa, tanto que no dio tiempo de juzgar. La niña, mayor, con su pelo cano, la frente arrugada, sólo recuerda a su bebé mochuelo, las fauces del lagarto y el verdor de su olivo, ¿qué secreto se llevó consigo? Al llegar la noche se oye la suave llamada de un búho que clama con su canto. No se siente forastero y, aunque las piedras estén tapadas por una capa de cemento, el patio sigue en el mismo lugar. ¿Dónde tendrá su nido?

## A MORRIS:

**E**na vez que él mismo supo lo que había ocurrido dejó de funcionar su alegre vozarrón...

Sus grandes orejas de pastor alemán le anunciaban que su dueña abría la puerta, con su grande cola entre las patas y corría como si de un cometa se tratara a tropezones con la puerta. En la terraza calladito, humilde, angelote, guiñando los ojillos con cara de angelillo.

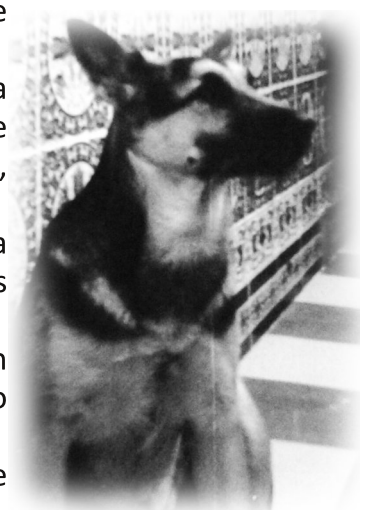
La zapatilla hizo efecto, nunca jamás de los jamases volvió a mirar una flor, eso sí, en casa no se podía hacer nombramiento de éstas pues corría como gacela arriba de la terracilla.

Morris se llamaba, porque ya no está. Mucho lo echamos en falta, su garganta ya no da gruñidos, su vozarrón se quedó mudo, ya no acompaña a la abuela cada mañana en busca del pan.

El hilo que sostenía su vida se soltó, el veneno se encargó de barrer sus años perros.

Jim Morrison, 1943-1971, músico, cantante, compositor, poeta, cineasta, director, actor... Voz de barítono, murió a los 27 años por una sobredosis de heroína.

Mi pastor Morris, por una ingestión que alguien le administró. Su vozarrón dejó huellas y, sobre todo a Sara, que siempre le hacía muecas con el hocico arrugado. Él se fue joven, como su homónimo, que tiene la tumba en París; mi chucho debajo del tamarindo y sus flores, en primavera, lo visten todo de morado.



Conchi Rosales Rosa



## CORAZONES

De nácar,  
de plástico,  
de plata,  
exclusivo y de diseño,  
en anillo,  
en pulsera,  
en papel,  
de tiza en la pared,  
de caricia con tu dedo en mi espalda...  
pero el de verdad nunca me lo regalaste.

## A MI PADRE

Mi héroe eterno,  
un gran caballero.  
Tuvo dos hijas  
y crió seis,  
ahí lo veis.

El cante es su delirio,  
más es compartirlo.

Con gran corazón,  
siempre al pie del cañón.

## A MI MADRE

Quiero tenerte siempre.  
Con tu sabiduría aventajada  
amortiguas todos mis golpes,  
desde muy alto que yo caiga.  
Siempre estaré muy unida a ti,  
por mas lejos que vaya.

¡Gracias por darme la vida!  
Alma pura, alma blanca,  
mi ángel de la guarda,  
hada de esmeralda mirada.

Mas que MADRE,  
aunque mas que madre no haya...  
madre también de mis hijos,  
madre también de mi saga..

Mamá, para definirte a ti,  
inventaré las palabras.

## AMARTE

Cuando miro a las estrellas  
quiero verlas contigo.  
En un pequeño cuarto,  
en lugar de paredes espejos....

Quiero amarte aquí,  
¡no quiero hacerlo mas de lejos!  
y con el efecto  
del espejo en el espejo,  
multiplicando cada uno de los gestos,  
...y allí dentro... desnudos, revueltos, estremecidos,  
en una eterna incubación de palabras ardientes...  
Un huracán de gemidos nos eleva el alma.

## ENTRE SUEÑOS

Tu pelo destellea en hilos de cobre,  
escalando en rizos desde tu espalda.  
Arcoiris por mirada como estardante de tu  
cara.  
Tu calma es mi calma,  
!cómo acaricias mi alma!  
Esbozas sonrisas que terminan en  
carcajadas  
a mi lado acostada.

...A mi hija

En el gesto de tu risa yo me pierdo,  
en el rubí de tus labios que deslumbra,  
en tanta inteligencia desde pequeño.  
Tu destreza me alucina,  
pero lo que de veras conquista  
es ese corazón noble sin armadura.

...A mi hijo

M<sup>a</sup> Cecilia Gracia Fernández



## MUY TRISTE Y TRÁGICA HISTORIA DE “LOS AMANTES DE PALMANOVA”

**E**lla era una niña bien de Génova, él procedía del extrarradio obrero. Se conocieron en una fiesta en la calle San Sebastián y fue amor a primera vista; mejor dicho, a primer beso.

Después de meses de jugar al escondite, los padres de ella se enteraron. Y se opusieron: clases diferentes, muy desigual poderío económico, afinidades políticas contrapuestas, distintas cadenas de televisión visionadas. O sea, todo en contra... y ellos queriéndose cada día más. Con la prohibición de verse, no les quedó más remedio que la fuga de casa, a un hotel escondido y fronterizo entre Palmanova y Magalluf.

Los padres vivieron infierno de dos noches sin saber de sus hijos. La Guardia Civil los buscaba en vano. A la tercera ronda de llamadas telefónicas, presionando, una amiga cantó. Arrepentida, avisó a la pareja, que escapó del hotel precipitadamente, dejando al recepcionista perplejo, pues aún tenían dos días más pagados. Casi al tiempo que llamaron los padres, una pareja de la Guardia Civil se presentó en el hotel, pero el recepcionista ignoraba dónde pudieran haber ido

Hay varias versiones sobre lo que sucedió después:

Había cerrado la noche y los jóvenes amantes, atravesando un Magalluf de neones y Fiesta, tomaron un sendero montaña arriba. Desde el borde del acantilado, la vista era espectacular.

Nunca se encontraron los cuerpos. El mar devolvió la camiseta de tirantes de ella y una zapatilla *runner* de él. Los móviles y la tablet fueron rescatados por el equipo de buzos de la benemérita, que pasaron días y días rastreando los fondos marinos. Los padres de ambos nunca superaron la tragedia, cayeron en los abismos de las pastillas, el alcoholismo, el divorcio, la soledad más abyecta... o la locura de perderse en sí mismos para siempre.



En la segunda versión, la pareja, haciendo un gran sacrificio, sin precedentes en el mundo de la adolescencia, arrojaron toda la tecnología al mar, para no poder ser localizados de ninguna



manera. Abrazándose fuertemente, por la rasca que soplabá allí arriba, y por el mucho cariño que se tenían, meditaron un plan viable. Regresaron después a la villa turística y tomaron un taxi destino al aeropuerto. En Valencia tomaron el bus a Benidorm.

Ella trabaja en un bar de copas, luciendo simpatía, profesionalidad y palmito. Él compagina las actividades de piscinero con las de ayudante de técnico, en un hotel-torre infectado de ingleses jaraneros en verano y jubilados nacionales de soltarse-el-pelo en invierno. Viven modestamente en un caro y cutre apartamento, pero se respira amor en cada rincón.

La tercera versión es producto de cínicos y descreídos:

La acción combinada de padres y Guardia Civil dio sus frutos, y sorprendieron a la enamorada pareja cuando bajaba del acantilado junto a Magalluf. Antes, habían confabulado una solución atroz «al problema creado por los niños»: los padres de ella les ceden un pisito que tienen en Palma, habitualmente alquilado a emigrantes en busca de fortuna en España, como si la hubiera, y los matriculan en el mismo y populoso instituto público, compartiendo aula y currículum.

Pasando juntos cada minuto del día, la magia desaparece, los roces se incrementan... y en menos de seis meses han roto definitivamente. Desengañados del Amor, él trabaja en un cercano polígono, y pasa los ratos libres y los fines de semana encadenando porros y cubatas, hasta embrutecerse y caer en la inconsciencia. A ella las cosas no le han ido mucho mejor: estudia Negocios en los EEUU, y llena su ocio con las artes marciales y la práctica de precisión en una galería de tiro. Volverá hecha una ejecutiva fría y cabrona, con todo para triunfar.



En la cuarta versión, los padres los atraparon y separaron. A ella la mandaron el año que le faltaba del Bachillerato a un internado en Suiza, bien aislado entre montañas. La esperaba después un *College* de élite, allá por la parte más rural de Massachussets. Él, acabada la F.P., firmó por cuatro años en la Marina, y se presentó voluntario a todos los conflictos humanitarios, pues lo proveían de todo, no había dónde gastar y ahorraba una pasta entre sueldo y dietas. Vuelve licenciado al Barrio, y espera el año que le falta a ella de Universidad entre basket con los colegas, porritos al sol, cerveza fresquita, sudokus, crucigramas y alguna que otra novela histórica.

Para el Reencuentro, él reserva la misma habitación del mismo hotel adonde se fugaron. No es Premium, ni Vistamar, sino una Standard pelada. Pero es su habitación, y no han logrado





olvidarla. Ella comparece trayendo champagne francés, ostras y caviar. Nada diremos de la ropa interior que se ha puesto para la ocasión.

Viven noches y días de pasión continua, y aprovechan los descansos para reponer fuerzas en la terraza, manducando a dos carrillos pedidos a *takeaways*, tomando desnudos un sol muy rico y haciendo planes de futuro. Él, tras su experiencia en la Marina, apuesta por comprar un yate y vivir de los turistas. Ella prefiere una empresa de asesoramiento financiero. Como se quieren tanto y como la obligada separación los ha vuelto tan fuertes y persistentes, deciden ir a por todas, y llevar a cabo ambos planes en Cuba, bien lejos de las familias.

Compran en una subasta un barco moribundo. Pasan meses de duro trabajo dejándolo nuevo. Y navegan el Atlántico hasta el Caribe tropical, solos, felices, capaces –la pospuesta luna de miel–. Él le enseña a ella todos los trucos, secretos y misterios de la navegación y el Océano; ella corresponde explicándole todos los trucos, misterios y secretos del Capital.

En Cuba se enfrentan con paciencia a un maremágnum de permisos, papeles, dilaciones y mordidas, pero logran montar sus negocios. Todas las mañanas, él sale a navegar turistas, junto a un viejo, experimentado y borrachín pescador nativo enseña a los hermanos españoles los avatares y éxtasis de la pesca de calibre. Ella, oficina en pleno centro de La Habana, resuelve los problemas que le traen los compatriotas, ávidos por invertir en un país recién abierto al Capitalismo Salvaje... y al domesticado. Por la tarde recogen, juegan y disfrutan de sus dos hijos. La noche es suya, pues continúan enamorados como el primer día. En la casa, a la vieja aya cubana, cariñosa, farandulera y medio bruja, se le ha sumado la hermana menor de ella, que, harta de papás ricos, opta también por la pobreza y la contracultura, pero no se decide por ningún mulato sabrosón. Aún.

En el Ayuntamiento de Calviá, como paso previo a refrendar la mayoría absoluta en las próximas elecciones, cierto concejal avisado encarga a una cantera local el corte y traslado de una roca. La sitúan cerca del borde del acantilado y le plantan su correspondiente leyenda:

A los Amantes de Palmanova

In Memoriam

En la víspera de la campaña electoral, la inauguran con mucho despliegue mediático... y un algo de público curioso. Pero logran que el asunto se vuelva viral, y llegue a ocupar segundos en los telediarios, los suficientes para que arrasen en las elecciones.

La Asociación Hotelera, consciente del tirón del monumento, no tarda en incorporar a sus folletos la obligada visita a «la Roca del Amor».

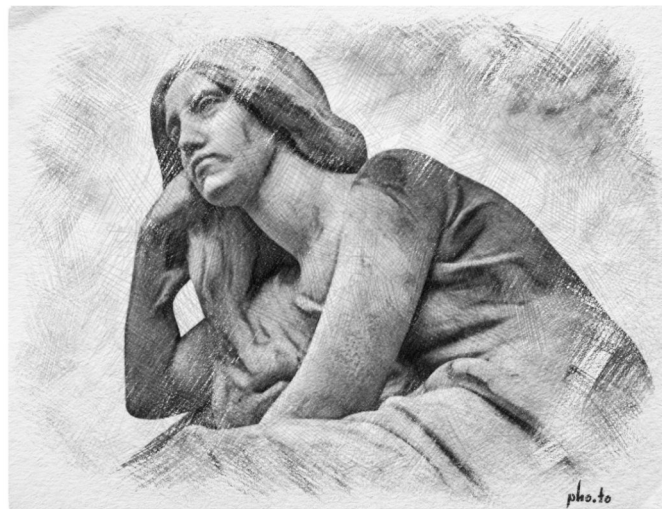
En el Ayuntamiento, un funcionario listillo en busca de la promoción interna, cae en la cuenta de que a la roca le faltan los idiomas: e instalan otra roca, esta vez mucho más grande, pues contiene placa que explica en detalle «la triste y trágica historia de los Amantes» en inglés, francés, alemán y ruso. Y como no todo puede ser perfección y maravilla, hay quien se queja de que falta la versión en centralista. Pero quién quiere compatriotas rulando por la zona, con el poco poder adquisitivo que gastan... y lo mucho que se quejan de los precios de turista que lucen todo bien o servicio. Mejor se quedan en el interior de la península, donde no molestan, disfrutando el secano del verano en playa fluvial recrecida... porque el pantano ha encogido a charca, la eterna sequía de siempre.

En disputada sesión extraordinaria, y como Magalluf tiene ya hecha su fama como «Meca del Sexo», la desventurada pareja es nombrada oficialmente «Los Amantes de Palmanova»,



bautizando también, en consecuencia, a la costera localidad hermana, con el rimbombante título de «Villa Turística del Romanticismo». Cubriendo ambas caras del asunto de la entrepierna –sexo y amor–, piensan los sabios ediles, el repletismo en verano queda garantizado... de por vida, de por siempre. ¡Y a cobrar impuestos y a gastarlos con salud!

En efecto, no hay pareja romántica y cariñosa que, descendida del avión y trasladada a cómodo y fascinante complejo hotelero, desatienda el periplo, ascienda por el sendero hasta la cumbre, lea «la trágica historia» en la placa, respire hondo un momento, dominándose; o contenga a duras penas el sollozo lacrimal con mucho fruncimiento de ojos; o se refocile, incontinente, en el más vergonzoso lloriqueo, que también hay turistas de lo más blandito, para arrobarse todos después ante las impresionantes vistas de la bahía. Y como, a unos metros, cierto pariente de preboste municipal ha conseguido la licencia para instalar un kiosko-barecito, se sientan y reponen con una jarra de cerveza fresquita, un refresco con mucho hielo o una copa de vino afrutado, que la cuesta es corta... pero se las trae, y la sobredosis de romanticismo trágico, también conlleva su desgaste, pasa factura emocional.



Los amantes cubanos, con el tiempo, se reconcilian con sus progenitores. Y vienen de vacaciones a la isla. Como turistas románticos que son, atacan el empinado sendero, recuperan el resuello en la cumbre, se miran y sonríen leyendo la trágica historia en la placa, que para eso saben inglés con tanto turista e inversor yanqui que últimamente les vienen a sus negocios, y contemplan la mar esmeralda, los lujoyates navegando, el rizo de la espuma contra las rocas, los resoles de los cercanos rascacielos de Magalluf, entreverados a lo largo de la playa dorada... Luego regresan a su hotel de siempre, el de la inolvidable fuga, abrazados y llevando de la mano a sus retoños, que lamen ahora, tranquilos y en silencio, un riquísimo helado adquirido en el Chiringuito de «Los Amantes de Palmanova»: la ampliación del negocio se hizo inevitable... con tanta peña como sube cada día a leer la ídem, y estremecerse de amor y de dolor y de compasión.

Así es la Vida, lectores. ¿Quién prefiere la Verdad verdadera, la Realidad presente o pasada, cuando con tanta fuerza se interpone una buena y patética y trágica «Historia Verídica»?

Enrique Garrido Jiménez



## EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA (C)

*Del libro "Ni tu criada ni tu puta. Relatos sobre igualdad y violencia de género"*

Inés ve la televisión sentada en cuclillas en el desvencijado sofá del salón de su casa. Siente la llave en la cerradura de la puerta del piso seguida de un gran portazo. Las voces de su marido, que llega, resuenan en el pequeño piso y se amplifican por el patio interior del bloque de viviendas. Inés es presa de un temblor incontrolable. Sabe que su compañero, una noche más, viene bebido; que una vez más, tendrá que ser su puta favorita de gratis total, aunque le repugne su hedor a alcohol y tabaco.

Inés intenta resistirse, pero una bofetada rompe su cara cual vasija de frágil cristal. La sangre chorrea por la comisura de sus labios mezclada con las lágrimas que surcan sus mejillas.

Inés grita, pide auxilio, y su voz suena a desesperado alarido, pero nadie la oye.

Suenan al cerrarse las ventanas de los pisos que dan al patio interior. Todos consideran que es un problema de pareja. Que las cosas se arreglan en casa. De pronto, se hace el silencio. Los ojos desorbitados y abiertos de Inés, quedan mirando al cielo con una lágrima inmóvil e inmensa donde se refleja la lámpara del techo.

Alguien, furtivamente, ha llamado a la policía, que fuerza la puerta del piso y se lleva esposado a un hombre de edad mediana. Es el compañero de Inés, su marido de toda la vida.

Los vecinos se arremolinan en el descansillo de la escalera y comentan que algo haría ella para que el hombre actuara así. Algún gracioso dice que cómo tendría que estar de harto el pobre hombre para hacer semejante barbaridad, porque era un buen vecino, trabajador, servicial..., aunque le gustase tomar unas cervecitas con sus amigos al salir de su trabajo. Pero nadie oyó aquel grito lanzado por una mujer, siempre una mujer, en su último minuto.

Es el amargo pan nuestro de cada día que sabe a hipocresía y sangre.

José Mariscal Campos



## RECUERDOS

La niebla cubría casi toda la pared del ancho y espaciado patio; la mañana se presentó demasiado pronto y demasiada lluvia, aunque, según su poco saber sobre el tema, ella creía que aún tardaría semanas.

Un grito de angustia le sobresaltó al ver que sus piernas se negaban a seguir andando, cubrió la cama con papeles de periódicos que había ido coleccionando durante los nueve meses. Se encontraba sola en lo que era su hogar, una almazara semiderruida y llena de hollín. Su marido marchó, buscando la ayuda de su madre a unos dos kilómetros de distancia.

Ella, al ver la cara desencajada de su yerno, no tuvo que preguntarle nada. Corrió como gacela que lleva el viento. El aguacero era fuerte como lo venía haciendo desde hacía más de un mes, así que a fuerzas mayores se cogía a las ramas de los olivos de uno en uno y fue salvando los escollos del barrizal negro y pegajoso. Tuvo suerte, puesto que las ramitas le ayudaban y, como si de una ardilla se tratase, voló rauda y llena de coraje. Tan solo le faltaban unos metros cuando sintió un grito desgarrador y el llorar de un bebé junto a unos periódicos teñidos de rojo.

Así fue como ocurrió aquel parto en una mañana del mes de octubre, año treinta y nueve. Las cosas ocurren así, alguien te lo sopla como si fuera un cuento, pero la que te lo dice es tu madre. De pequeña no tiene valor, pero ahora que ella no está y que yo pronto me iré, me pregunto de qué materia estaba hecha aquella que me dio la vida. ¿Cómo salvaba tantos obstáculos? ¿Qué miedos tuvo que afrontar y qué conocimientos adquiridos a fuerza viva de sus soledades? ...

La puerta está cerrada pero sus goznes se balancean como las velas de un barco hechas jirones.

Abajo existe un bonito agujero por donde los mininos entran y salen, sobre todo los pequeñines, los mayores escalando la tapia, y bajan por el laurel que ya está desnudo de hojas. Se fue apagando como una vela dejándose la vida atrás. ¿Cuántos sueños e historias vivió? Su eco se escucha al ver su tronco desprovisto de traje, ahora su verdadera voz se nota en el patio.

¡En el silencioso y desierto jardín del ancho y espacioso patio! Ella se fue poco a poco, como el laurel. La niebla y la lluvia nos visita algunas veces pero no están los olivos gigantes y verdes que mecieron a mí abuela. A lo lejos se divisa la torre de la que fuera su morada.

Conchi Rosales Rosa



## EL VIAJE

Mi corazoncillo late feliz y emocionado  
cuando la larga fila del orden me acerca.  
Donde al llegar con las manos extendidas  
se depositarán lo más deseado y anhelado;  
No veo el rostro del donante que tal hace,  
solo un pantaloncito verde para mi baño,  
una camiseta ligera, como de otros veranos,  
para caminar unas sandalias de plástico.

El equipaje, mi pequeño e ilusionante regalo.  
Ya empiezo a oler la arenosa playa del mar,  
barcos pequeños, lejanos, inmóviles al horizonte.  
El cielo más azul y más grande que nunca está.  
Aprieto el pequeño equipaje contra mi pecho.  
Mi corazón ya siente ese calor, nerviosa ilusión.  
Con avidez de marchar, sueño con olas blancas,  
espumosas y juguetonas, al fin cansado me rindo.  
Despierto antes que otras veces, sueño ligero fue.  
La delgada luz diurna por la ventana se filtra ansiosa.

¡Es el día! Me digo. Aún tengo unido, como abrazado,  
mi pequeño equipaje. El corazón acelerado lo tengo.  
No es un sueño, asiento, no quisiera volver a dormirme,  
no sea que despierte desilusionado para ir al colegio.  
Se me hace eterno no levantarme de mi pequeño lecho.  
Con excusas para ir al servicio, al fin consigo hacerlo.  
Me pongo el bañador y mis sandalias, mas sin espejo,  
¡Que guapo me siento! Soy feliz, estoy emocionado.

Ya me encuentro esperando en la calle, otra vez en fila,  
al fondo un gran camión donde haremos el gran viaje.  
¿Será ese el mío? La cola es muy larga para poder serlo.  
Será más grande y bonito cuando mi turno por fin llegue.  
Antes del rosario nos permiten cantar alegres canciones.  
Quiero que mi camión sea el primero que consiga ver  
al alto faro que en el horizonte de casas emerge altivo.  
Gritar con fuerza allí, allí: ¡Chipionaaaaa, el farooooooo!

Pequeñas lágrimas de ilusión resbalan por mis mejillas.  
Llegamos al pueblo, huele a mar, pronto aparecerá.  
Hileras de burros con las alforjas cargadas de racimos  
de uvas negras, uno tras otro con su amo avanzan dóciles.  
Huele a Chipiona por todas partes, el faro está más cerca.  
¡El mar! ¡El mar! Grita otro, todos miran al dedo que señala.  
Allí unido al cielo con toda inmensidad, recién pintado.  
Una paleta de color verde y un azul de nubes blancas.

¡Cuán hermoso es! Me digo muy feliz, para mis adentros.  
Si existe en ese momento niño más afortunado que yo,  
sería por su equipaje, no por la gran ilusión que llevo dentro.  
Porque si para un pequeño hospiciano e infantil corazón,  
existe un sentimiento mayor de alegría que una madre,  
solo este único momento me hacía no recordarla ni necesitarla.  
En el mar soy gaviota en un cielo libre y feliz en este encuentro.

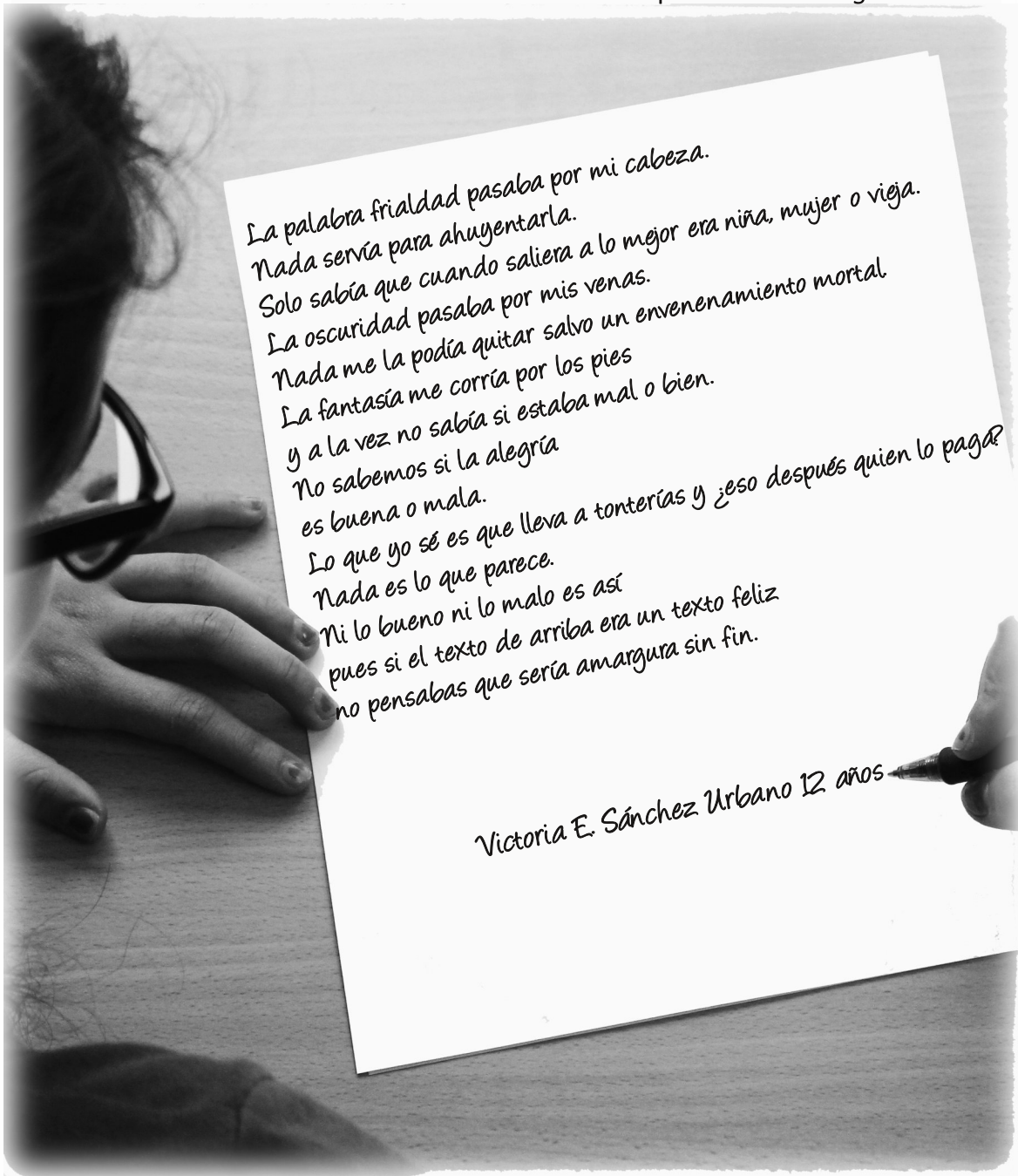


***Dedicado a todos los niños del Hospicio de San Luis ,Sevilla, que compartieron conmigo este ilusionante viaje todos los veranos a Chipiona.***

Roque Cruz Navarro



No podía anclar mis pensamientos a otra cosa que no fuera eso. Intentaba escribir poesía. Todo lo que se me venía a la cabeza era como una nube negra traída del país de la fantasía. Un país que puede ser muy agradable o muy tenebroso, depende del lado en que lo mires. En ese momento, todo estaba oscuro, por mi cabeza rondaban grandes preguntas que sentía que nadie nunca me las iba a saber explicar. Era una sensación rara que no se puede describir en una sola frase, ni en un párrafo, ni en un texto, ni siquiera en un libro tan grande como es La Biblia o alguno de esos libros que dice la gente que se va a leer y nadie se lee. No era la sensación del día de antes de un examen ni muchísimo menos. Las palabras me rondaban por la cabeza y no sabía si era una enfermedad o simplemente las hormonas, pero sirvió para componer esta canción: Una canción que pocos conocen porque habla de sentimientos del corazón. Y no tiene nada que ver con el *reguetón*.



La palabra frialdad pasaba por mi cabeza.  
Nada servía para ahuyentarla.  
Solo sabía que cuando saliera a lo mejor era niña, mujer o vieja.  
La oscuridad pasaba por mis venas.  
Nada me la podía quitar salvo un envenenamiento mortal  
y a la vez no sabía si estaba mal o bien.  
No sabemos si la alegría  
es buena o mala.  
Lo que yo sé es que lleva a tonterías y ¿eso después quien lo paga?  
Nada es lo que parece.  
Ni lo bueno ni lo malo es así  
pues si el texto de arriba era un texto feliz  
no pensabas que sería amargura sin fin.

Victoria E. Sánchez Urbano 12 años

## LA CATA

Un hombre se ha escapado del manicomio. Al parecer, ha robado una bata del psiquiatra, después de dejarlo inconsciente con un golpe en la cabeza sobre la mesa de la consulta. Ha conseguido escapar del sanatorio sin levantar sospechas...

Deambulando de un lado a otro, entra en un local donde se está celebrando un concurso de catadores de vino. En ese momento, los concursantes se encuentran alzando sus catavinos mientras giran su contenido. Aprecian visualmente su tonalidad para valorar su edad y madurez y, exhalando el perfume que desprende, lo asocian a algún aroma. Tras esto, lo vierten en sus bocas hacia los labios para distinguir los sabores azucarados, hacia el medio para saborear los ácidos y al final los amargos. Los mira sorprendido casi fascinado al no comprender lo que pasa allí.

Su estómago alberga un enorme vacío y sus tripas bailan al son del hambre, pues no ha comido desde el día anterior. Entonces, descubre que hay pan tostado en una de las mesas. Se acerca a ella, coge uno y se lo mete en la boca. Un participante se le acerca y le dice:

—Yo también voy a limpiar mi paladar, luego se mezclan los sabores...

El enfermo asiente con la cabeza sin dejar escapar sonido alguno, observando como el otro se retira y le hace una señal para que se acerque donde están sirviendo más vino. Tiene la garganta seca y hace lo que le indica. Un camarero sirve un tinto aunque tiene que ir a por otra copa, extrañado de haber calculado mal el número de concursantes. Su compañero saborea el líquido, mientras viaja por su boca de un lado a otro, extasiándose con su degustación y arrojándolo a la escupidera de metal.

—Umm... aroma afrutado, ácido... —dice—. Trago sabroso y ligero.

El loco hace lo mismo pero tragándose el contenido de la copa.

—¡Eso, sabroso!

Entonces se vuelve a ofrecer otro vino del mismo estilo. El catador lo comenta y él lo apura hasta el final. Y así tantas veces como se dispensa el maravilloso líquido. Eufórico, le entran unas enormes ganas de cantar, reír y bailar mientras sus mejillas se tornan granates y los ojos se le achinan.

—El vino que tiene el vino... —empieza a cantar en voz alta.

La gente congregada le mira aturdida, asombrada de que en un evento tan serio e importante, ocurra algo tan insólito. Nadie cree lo que está viendo y mucho menos cuando alza sus manos, zapatea y saca a bailar a los asistentes. La organizadora, al descubrir al intruso, dominando sus nervios pero al borde del desmayo, se dirige a él y le invita educadamente a marcharse. La coge por la cintura, girándola mientras le coge el brazo y diciéndole:

—Morena, a ver ese arte...

Antes de que la mujer grite como una posesa, le caen dos trabajadores del manicomio como dos tanques y le reducen mientras le colocan una camisa de fuerza. La cata del loco ha concluido.



A. Benavidez Bedoya

María Dolores Gracia Fernández



## LA CENTELLA

Era un día de otoño de 2005. Al mediodía, había una tormenta enorme, que parecía que engullía a Ochavillo del Río. Como todos los martes, los maestros estábamos comiendo en el bar de Jiménez. Sólo estaban ocupadas la mesa larga, por nosotros, y otra mesa donde estaban otros trabajadores. Terminada la comida, nos levantamos y nos fuimos a la barra para pagar. De pronto, oímos un fuerte ruido al abrir la puerta del bar y yo pensé: «¿Quién viene ahora con el tiempo que hace? ¡Qué bruto!».

Al oír el ruido, todos miramos hacia la puerta, que era de dos hojas y de vaivén, y las dos hojas se habían abierto solas y allí venía una bola, tan grande como un balón, dando vueltas sobre si misma, en espiral, y tirando una luz blanco amarillenta que te deslumbraba.

Pensé «de esta no salimos», pero la bola pasó por medio del grupo y cruzó todo el bar. Se metió en el congelador, subió por el aire acondicionado, pasó por la tele y entonces, se volvió para atrás.

Las caras de los compañeros eran para verlas, supongo que la mía estaba igual, «ahora sí que no salimos», pero antes de llegar a nosotros, se encontró con una escalera de caracol, que era de metal y estaba pintada de verde, y por allí subió, rápida como un cohete, a la planta alta, donde rompió también todos los electrodomésticos. Se salió por una ventana de la planta alta, que estaba abierta, ya que Pepe siempre dejaba abierta una rajita en una ventana, para que el aire no se viciara, porque la planta alta solo la usaban los fines de semana, que era cuando iba mucha gente a comer sus ricas y enormes brochetas.

Mientras todo esto sucedía, yo tardo en contarle pero fue muy rápido, el ruido era atronador. Nos quedamos sordos durante casi dos semanas, e incluso hubo compañeros que tuvieron que ir al otorrinolaringólogo, ya que el oído se nos quedó fatal.

Fue tan rápido, que todos nos quedamos quietos como estatuas.

Fue una experiencia muy fuerte, porque ves pasar en segundos toda tu vida como si fuera una película, ya que crees que de esa no sales. Es una experiencia al límite.

Aquella bola de fuego blanca era una centella. Después nos enteramos que había caído un rayo en la plaza. Este se abrió en tres ramas, una fue al pararrayos de la iglesia, otra siguió la calle Posadas hasta el bar de Jiménez y otra cogió la calle Fuente adelante.

Llovió tanto, que la calle Triana se inundó...

Al día siguiente, la Chica iba diciendo: «Ha caído un rayo en mi bar» y, como la gente no la creía, decía: «Pregúntale a los maestros que estaban comiendo allí como todos los martes».

Así que todo el mundo fue al colegio a preguntar: «¿Es verdad que ha caído un rayo en el bar de la Chica?»

«Pues, sííí...»

Después del pánico, vino el cachondeo... como la vida misma.

Lourdes Molina Luna





## MARGARITA (C)

Del libro "Cuentos para Azahara"

Margarita (florido nombre para la protagonista de nuestra historia), vivía en un hermoso pueblo del sur de España. Ella no había nacido en él, pero pronto se adaptó al clima de inviernos suaves y veranos calurosos, que contrastaban con el lugar de fríos inviernos y veranos frescos y lluviosos donde ella había nacido. Desde que dejó su pueblo natal nunca más había visto la nieve y, aunque a veces sentía cierta nostalgia, estaba contenta porque ahora no le salían sabañones. Aunque vivía en el pueblo de nuestra historia, podía haberse ido a vivir a cualquier otro lugar, pero, casualidades del destino, fue, como hemos dicho, en este pueblo donde finalmente recaló. A Margarita le encantaba el carácter extrovertido y afable de sus gentes, su alegría de vivir, su filosofía de vida... tan distintas del lugar donde ella había visto la luz del sol... «Esto es calidad de vida», solía decirse.



Cada día, Margarita lleva a la niña al colegio; más tarde, dependiendo de la época, va al campo; le da lo mismo que sea a coger aceitunas, que a recolectar ajos o naranjas, lo importante es el jornal, bueno, y que le apunten las jornadas para luego poder cobrar el paro. Cuando el trabajo en el campo escasea, se «agencia» ir a limpiar escaleras, cuidar personas mayores, hacer de «chacha» y asistenta en otra casa... que con esto de la mujer salir a trabajar fuera de su casa, abundan las ofertas, ya que, en el pueblo, aún no ha calado lo de compartir con el hombre las tareas domésticas, y alguien tendrá que hacerlas si la mujer que trabaja fuera no quiere seguir después trabajando en su casa. Así que, la que tiene un sueldo decentito, se gasta una parte en que le hagan las cosas y le cuiden a los niños, si los hay.

Después de echar sus «horitas» en lo que encarte, Margarita llega al supermercado, aunque le gusta más ir a la tienda de «la Fali», que también es ya como un supermercado porque hay casi de todo, pero en pequeño. Llega a por el pan; a veces, hasta la pescadería; la carne se la suele llevar de «la Fali» que tiene buenos pollos de corral y, tras recoger a la niña del colegio, vuelve a la casa, que está en las afueras del pueblo. El hombre trabaja en el campo y tiene tiempo hasta que llegue a casa para jugar con la niña.

Una de las cosas con las que Margarita está más encantada en este «su pueblo» de adopción, es el saber que, cuando ella va y viene, los abuelos cuentan a sus nietos historias y cuentos donde ella es la protagonista. Lo percibe, lo sabe, porque cuando pasa, todos los



niños la saludan muy efusivamente con un «¡Hola, Margarita!» o «¡Adiós, Margarita!», porque, ¿quién si no les ha dicho a los niños su nombre? No sabe si es el color que suele llevar o su afición a cambiar de *look* de vez en cuando (un poco de «brocha» puede hacer milagros y le sienta bien a cualquiera), pero lo percibe, lo siente... y eso la hace sentirse querida a la vez que admirada.

Un día, al llegar a un cruce de calles, se distrajo un momento para saludar y no se percató de que venía un coche a toda leche. Por un descerebrado de esos que abundan que no respetan los límites de velocidad, sufrió un golpe que la dejó «descuajaringá» y «esmangarrillá», por de pronto, para un montón de tiempo. Intentaron recuperarla a base de rehabilitación, pero todo esfuerzo fue inútil, así que la llevaron a casa.

Hoy, desde la cerca de alambres que rodea la casa, ve pasar a los niños cuando van o vienen del colegio; sabe que los abuelos siguen contando de ella historias fantásticas. Lo sigue percibiendo porque la siguen saludando con un «¡Hola, Margarita!» o «¡Adiós, Margarita!» y a ella sólo le queda devolver el saludo, cosa que ya no hace con tanto agrado como antes, a veces, ni contesta... El golpe sufrido, la tiene sumida en una profunda depresión.



Aunque ya no la ven ir al trabajo, al colegio, al supermercado, a la tienda de «la Fali», a la pescadería, a las casas..., nadie la echa de menos... El tiempo, el olvido, son así de crueles y a la vez, de salutíferos... Nadie se acuerda de ella, salvo Rosalía, su dueña, porque, no sé si lo he dicho antes, Margarita era una antigua y vieja bicicleta, que a causa de un accidente de tráfico, quedó inservible y hoy ejerce de puntal en un cercado de alambres.

José Mariscal Campos



## Por Amor

Voy caminando  
por un sendero triste  
cubierto de barro,  
de hierba seca y piedras,  
de lodo y fango.

Voy caminando  
detrás de ese destino  
que estoy buscando,  
sin temerle ni huirle  
al barro, piedras, hierba o fango.

Voy caminando,  
porque el sendero triste,  
contaminado,  
quiero barrer yo sola  
con mi trabajo.

Voy caminando  
Devolveré perfume,  
por el mal hálito;  
sembraré flores blancas  
donde hubo fango.  
En el sendero limpio pondré

*te amo*

Isabel Escribano Beltrán

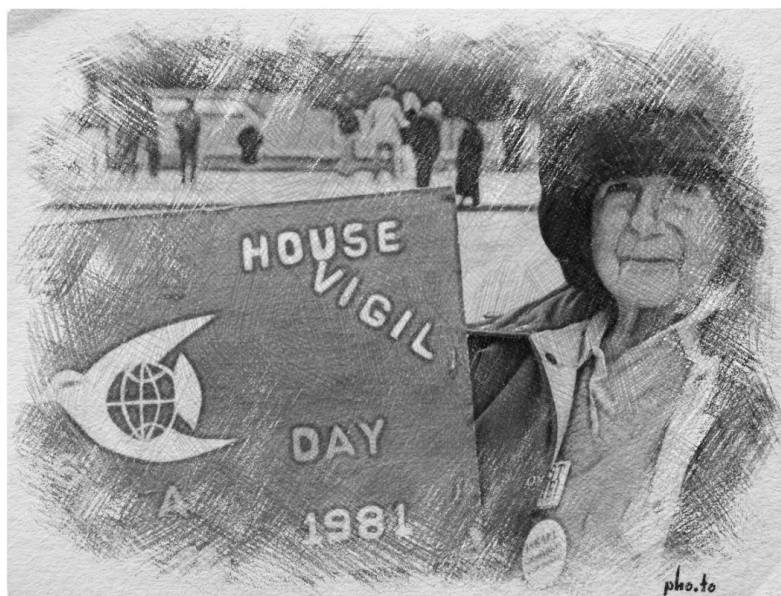
¡Quién como Urano!  
Díscolo exiliado,  
que compele  
con porfía.  
Mientras Lua,  
en la umbría,  
sonríe y mira,  
La Luna Negra,  
La Luna Negra,  
de día.

Campos de Llerena.

Campos, campos,  
campos de Llerena.  
Caballeros a caballo,  
con manto blanco, cruz roja  
y espada en mano.  
Polvaredas, remolinos,  
mientras el guerrero galopa por el camino.  
¡Cuánta sangre, cuánto dolor!  
En el yermo campo mortecino.  
Escaramuzas, batallas,  
la tierra tiembla al redoble de los cascos  
de los caballos de guerra.

¡Oh, tú!  
Llegas deprisa, ¡rápido!,  
cómo la ráfaga de viento,  
que trae consigo la hoja,  
hoja dorada,  
dorada llama,  
que entibia mi alma,  
mi alma sola.

Lourdes Molina Luna



## UNA VOZ

*A Conchita Picciotto, in memoriam*

Murió una mañana de febrero. Su vida está escrita en un folio blanco para los mortales, allá arriba quizás celebren su acogida. Una galleguita con su aire acondicionado a las esferas que le rodearon en un lejano y atractivo Nueva York. Ella vivió, si se puede decir vida, en un banco con vistas a la Casa Blanca, junto a unos jardines bien cuidados.

La llamaban loca, su andrajoso vestuario mostraba su carné de identidad, siempre dormía sentada pues no le era permitido hacerlo horizontal, la policía le acariciaba el costado o la cara en un descuido que lo hiciera. Solo en el caso de ir al calabozo le permitían dormir a gusto.

Ella solo trabajaba en pos de reivindicar causas y protestar en casos excepcionales o extraños; su tarea era conseguir que se escuche el gemido y la libertad de los otros mientras la suya era sepultada.

Y allí quedó su despojo, su carcasa, aquella que en vida fue su envoltura, la piel que le acompañó por un mundo desagradecido y cruel, un mundo que fue su sueño, que le dio alas para volar.

Los sueños de Concepción me hacen reflexionar, pensar que existen historias escritas sobre folios blancos, palabras en negro que esperan ser puestas en orden sobre un libro para tomar vida. Una vida que nunca existió y que al mismo tiempo vive.

No te preocupes. Hoy tu recuerdo ocupa mi pensamiento. Lástima que no haya luna llena para contemplar la belleza de tu corazón, que el sol, esté oculto y tape tu secreto.

Pero alguien buceó en tu recuerdo para despertar al gigante dormido, para hacerte el homenaje que tu vida mereció.

El león, ávido de presa, salió de su guarida para arrebatarse lo que otro día te dio. Adiós. Te queda la mirada limpia de la libertad, esa que te dio alas para volar y surcar los mares.

Conchi Rosa Rosales. *Febrero, 2016*



## 7 NOCHES EN VIGO



Era una cálida tarde en Vigo, je, para los que dicen que no hace calor en Galicia, bueno al grano. Santiago iba caminando por la calle de camino a la mansión Puntador, hogar de sus padres. Había quedado con ellos a las ocho de la tarde, miró su reloj y eran las siete y media, era temprano. Llegó a la parada del autobús y esperó y esperó. Por fin llegó, pero no de la manera que se esperaba. Llegó a una velocidad temeraria y no se paró en la parada, continuó con su impresionante y desconcertante carrera. Santiago se desesperó, eran casi las ocho y necesitaba ir a su cita. Llamó a su amigo Jaime que era policía y le pidió que lo llevara, éste aceptó no de muy buena gana.

Tras una larga noche de fiesta con sus parientes, se despertó en la habitación de su casa, se arregló y bajó a desayunar al bar de al lado. En el periódico pudo leer una noticia: “Terrible asesinato en un autobús público”. No le dio mucha importancia aún sabiendo que seguramente fue el autobús que esperó el que fue testigo de la tragedia. Lo que sí le sorprendió fue la víctima, se trataba de Adán Stewart un multimillonario suizo que había comprado un chalet en Vigo hacía poco. Supo al instante que al ser el ojito derecho del jefe de policía, ese sería su nuevo caso. Llegó a la comisaría a las siete y diez de la mañana como todos los días, pero aquel día notó algo extraño en el ambiente. Era, sin duda alguna, el silencio que se respiraba cuando el alcalde vigués visitaba la comisaría. Pero lo raro es que no era el alcalde sino la secretaria de éste: Soledad Orlando Segada, también apodada S.O.S. Se dirigió hacia él y breves fueron las palabras que le dijo:

—Te encargarás del caso de Adán Stewart. Tienes setenta y dos horas para resolverlo, Santiago, sin queja alguna. —Cogió el expediente y se marchó.

Santiago comenzó la investigación examinando el autobús estrellado enfrente del parque. Examinó el interior del vehículo, examinó las pruebas. Examinó, examinó, examinó... hasta que por fin encontró lo que buscaba, la cartera de Adán. Lo raro es que no encontró el cadáver. «Se lo habrán llevado», pensó. Sacó el carnet y una peculiar hoja que indicaba un número. Llamó y respondió una voz extraña que parecía estar enfadada. Tras un largo interrogatorio telefónico, Santiago consiguió sonsacarle una valiosa información. Aseguraba no ser culpable y conocer a un terrorista infiltrado en Suiza que había estado siguiendo a la víctima.

Dicho esto, Santiago se dirigió a la comisaría, pidió acceso a los ordenadores y buscó información sobre una posible red terrorista suiza. No encontró nada. Llegó la noche y se dirigió a su casa, se durmió pensando en el caso. Al día siguiente, nada, no hubo suerte. Le restaban cuarenta y ocho horas para desenmascarar al culpable. Pa-



recía no haber asesino, ni pruebas, ni móviles, ni sospechosos...nada, imposible de resolver. Volvió a la escena del crimen. Observó las ventanas, ninguna presentaba agujeros, lo que indicaba que no había sido disparado por fuera y, como el cadáver no había sido encontrado, no podía examinarlo.

Finalizó también este día y arrancó otro que era el último que le quedaba para encontrar al culpable. Se despertó a las seis y, como no tenía que estar en el trabajo hasta las siete y diez, fue otra vez a la escena del crimen, ojeó y en el fondo del autobús vio un agujero que daba con el suelo donde había una alcantarilla. Se metió dentro, ¡cómo no! El olor era insostenible. Sacó la lupa y examinó la zona hasta encontrar unas débiles huellas en un pasillo, las siguió hasta perderlas. Había llegado a una zona donde había unas escaleras que conducían a una escotilla. Subió y, al abrir la tapadera, dio con una lujosa casa en las afueras de la ciudad. Podría ser el hogar del asesino.

Llamó a una unidad policial de asalto que no llegó hasta las cuatro y cuarto de la mañana. Dispuestos a asaltar el hogar, prepararon sus armas y apuntaron a todos los rincones de la casa. Santiago entró. Él daría la señal para disparar. Nada más forzar la cerradura y abrir la puerta, se encontró con un recibidor grandioso y una gran lámpara colgante de cristal. Las paredes, decoradas con animales, eran blancas como la nieve. En ese momento apareció un hombre de aspecto relajado con un albornoz que dijo.

—Buenos días, ¿le apetece un café? —dijo el hombre, desconociendo que trabajaba para la policía.

—¿Cómo puede ser! —exclamó Santiago—. ¡Usted había muerto! —El hombre en batín era Adán Stewart.

—Eso es lo que pensaba todo el mundo, je, je, je, vaya si se lo creían. Fingí mi muerte para librarme de tanto jaleo, tanto desprecio...¿me juzgas? ¿Acaso sabes cómo es de dura la vida de un multimillonario? ¿Crees que es un camino de rosas? La gente odia a los tipos como yo, asquerosamente ricos. —Adán hizo una pausa, mirándolo fijamente—. Y como sabes mi secretillo, me voy a asegurar de que estés calladito —dijo sacando un arma.

En ese momento, entraron los policías y lo arrestaron. Santiago protestó diciendo que no había hecho nada penable. La policía le explicó que se le estaba buscando por defraudar más de cinco millones de euros y que por eso era tan importante resolver el caso.

Así Adán fue encarcelado, Santiago ascendido y todos felices, excepto yo que me duele bastante el brazo, je, je.

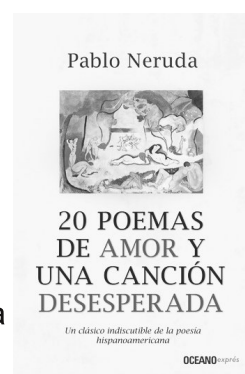


José Ángel Lopez Díaz 12 años

## PARA LEER

### 20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA Pablo Neruda

Escrita y publicada cuando no contaba aún con veinte años, la obra está compuesta por veinte poemas de temática amorosa, más un poema final titulado La canción desesperada. El poeta ha mezclado en sus versos las características físicas de varias mujeres reales para crear una imagen poética bellísima de la amada.

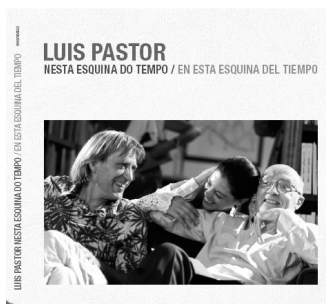
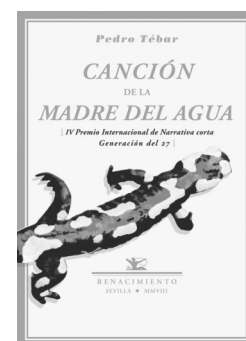


### LA BALADA DEL ABUELO PALANCAS Félix Grande

Una gran novela de nuestras letras actuales, pero bastante desconocida. Portentosa en su trama nos transporta a la España del siglo XX relatándonos la vida de una familia a través de cinco generaciones. Félix Grande nos cuenta una historia de gente humilde, vinateros de Tomelloso, de sus sucesos cotidianos pero con la grandeza de casi una Odisea. Es bello, entretenido y con varias ocurrencias que harán reír a carcajadas al lector.

### CANCIÓN de la MADRE DEL AGUA Pedro Tébar

Libro de relatos inspirados en la tradición oral y en las leyendas populares de la comarca de Los Pedroches. Un recorrido por los mitos y los miedos de estos pueblos tan ricos en folklore, con un rico vocabulario y una magnífica recreación artística.



## PARA ESCUCHAR

### EN ESTA ESQUINA DEL TIEMPO Luis Pastor

Un estupendo disco de Luis Pastor con esa inconfundible voz, áspera y al mismo tiempo suave, como lo fueron las voces de los grandes trovadores del siglo pasado, cantando poemas de José Saramago. Una delicia.

## PARA VER

### LAS HORAS Stephen Daldry

"Una película pausada y emotiva que se ve en estado de semitrance, entre la admiración y la congoja, y de la que se sale en ese paradójico estado de felicidad o plenitud que sólo provocan los más bellos filmes"

Alberto Bermejo: Diario El Mundo



PRÓXIMO NÚMERO: VERANO 2017, en julio



¿Te gusta escribir?

Mándanos tus trabajos a:  
[spapelcarlota@gmail.com](mailto:spapelcarlota@gmail.com)

